

25
CCIÓ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE LA BIBLIOTECA

1872

EL ALMA

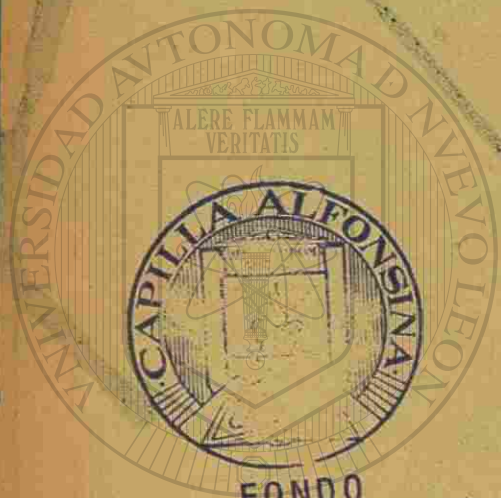
EL
EXPERTAR
DEL ALMA

P02625
.A5
E938



1020027044



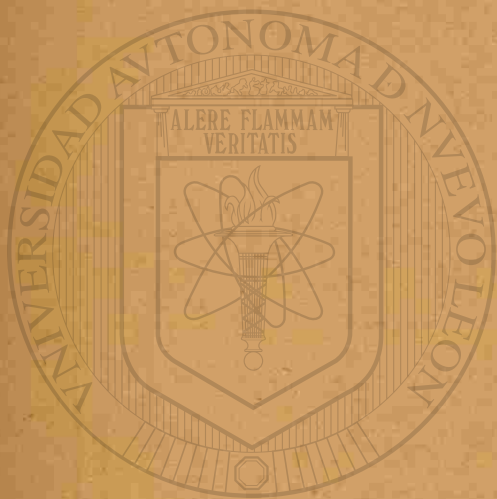


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EL DESPERTAR DEL ALMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Mauricio Maeterlinck

El Despertar

del Alma

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

099664

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

36871[®]

BARCELONA

Agencia Editorial Presa

Hospital, 28

MADRID

GREGORIO PUEYO

Mesonero Romanos, 10

ML
cm.



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

Tip.-Lit.-J. B. Clot.-C. Universidad, 49.-Barcelona



EL DESPERTAR DEL ALMA

Llegará tal vez un día, y muchas cosas anuncian que se acerca, un día en que nuestras almas se percibirán sin el auxilio de nuestros sentidos. Verdad es que el dominio del alma se extiende más cada día. Está mucho más cerca de nuestro ser visible y toma en nuestros actos una parte mucho mayor que hace dos ó tres siglos. Dijérase que nos acercamos á un período espiritual. Hay en la historia cierto número de períodos análogos, en que el alma, obedeciendo á leyes desconocidas, remonta, por así decirlo, á la superficie de la humanidad y manifiesta más directamente su existencia y su poder. Esta existencia y este poder se revelan de mil modos imprevistos y diversos. Parece que en estos momentos la humanidad ha estado á punto de alzar el pesado fardo de la materia. Reina en ella una especie de tranquilidad espiritual, y las leyes más duras é inflexibles de la Naturaleza flaquean aquí y acullá. Los hombres se hallan más



cerca de sí mismos y de sus hermanos; se miran y se aman más grave y más íntimamente. Comprenden más tierna y más profundamente al niño, á la mujer, á los animales, las plantas y las cosas. Las estatuas, las pinturas, los escritos que nos han dejado, no son tal vez perfectos; pero no sé qué poder y que gracias secretas se ven siempre en ellos vivas y cautivas. Debía haber en las miradas de los seres una fraternidad y esperanzas misteriosas, y en todas partes se encuentran, junto á las huellas de la vida ordinaria, las huellas ondulantes de otra vida que no se explica.

Lo que sabemos del antiguo Egipto permite suponer que atravesó uno de estos periodos espirituales. En una época muy remota de la historia de la India, el alma debió acercarse á la superficie de la vida hasta un punto que nunca alcanza, y los restos ó los recuerdos de su presencia casi inmediata producen, hoy todavía, extraños fenómenos. Hay muchos otros momentos de igual género en que el elemento espiritual parece luchar en el fondo de la humanidad como sumergido que se agita bajo las aguas de una gran corriente. Acordaos de Persia, por ejemplo, Alejandría y los dos siglos místicos de la Edad Media.

En cambio, hay siglos perfectos en que la inteligencia y la bondad reinan puramente, pero en que el alma no se deja ver. Así, hállase muy lejos de la Grecia y de la Roma, de los siglos xvii y xviii de

los franceses. (De la superficie de este último siglo, al menos, porque sus profundidades, con Claudio de San Martín, Cagliostro, que es más grave que se cree, Pascalis y otros muchos, nos ocultan todavía bastantes misterios.) No se sabe por qué, pero allí falta algo; hay comunicaciones secretas que están cortadas, y la belleza cierra los ojos. Es muy difícil explicar esto con palabras y decir por qué razones la atmósfera de divinidad y fatalidad que rodea los dramas griegos no parece la verdadera atmósfera del alma. Se descubre en el horizonte de aquellas tragedias admirables un misterio enterrecido, fraternal y tan profundamente activo que encontramos en muchas obras menos grandes y menos bellas. Y, más cerca de nosotros: si Racine es el poeta infalible del corazón de la mujer, ¿quién se atrevería á decirnos que en alguna creación dió un paso hacia su alma? ¿Qué me responderíais si os interrogara acerca del alma de Andrómaca ó de Británico? Los personajes de Racine no se comprenden por lo que expresan, y ni una palabra atraviesa los diques del mar. Están espantosamente solos en la superficie de un planeta que no gira ya en el cielo. No pueden callarse, so pena de no existir. Carecen de *principio invisible*, y se creería que una substancia aislada se ha interpuesto entre su espíritu y sí mismos, entre la vida que toca á todo lo que existe y la vida que no toca sino al momento fugitivo de una pasión, de un dolor, de

un deseo. Hay realmente siglos en que el alma se duerme de nuevo y nadie se inquieta por tal motivo.

Claro está que en la actualidad hace grandes esfuerzos. Manifiéstase en todas partes de un modo anormal, imperioso y terminante, como si se hubiese dado una orden y no quedara tiempo que perder.

Debe prepararse para una lucha decisiva, y nadie podrá prever lo que dependerá de la victoria ó de la derrota. Tal vez jamás haya puesto en obra fuerzas más diversas y más irresistibles. Díjrase que se encuentra recostada en una pared invisible, y no se sabe si es la agonía ó una existencia nueva lo que le agita. No hablaré de las potencias ocultas, que se despiertan en torno de nosotros: del magnetismo, de la telepatía, de la levitación, de las propiedades incalculadas de la materia radiante y de otros mil fenómenos que conmueven las ciencias oficiales. Estas cosas son de todos conocidas y se comprueban fácilmente. Y todavía no son nada, probablemente, junto á lo que se opera en realidad, porque el alma es como el dormido que del fondo de sus sueños hace inmensos esfuerzos para agitar un brazo ó alzar un párpado.

En otras regiones, en que la multitud presta menos atención, obra todavía con más eficacia, aun cuando esta acción sea menos sensible á la vista que las que vemos comunmente. ¿No se diría que

su garganta está á punto de atravesar con un grito supremo los últimos sonidos del error que le envuelven aún en la música? ¿Y en alguna ocasión se sintió más fuerte el peso sagrado de una presencia invisible que en algunas obras de ciertos pintores extranjeros? Por último, en las literaturas, ¿no consta que algunas cumbres se ven aquí y acullá, alumbradas por una luz de muy distinta naturaleza que las luces más extrañas de las literaturas anteriores? Nos acercamos á no sé qué transformación del silencio, y el *sublime positivo* que reina hasta hoy, parece pronto á acabar. No me detengo sobre este tema, porque es demasiado pronto para hablar claro de estas cosas; pero creo que pocas veces se ofreció á nuestra humanidad una ocasión más imperiosa de liberación espiritual. Momentos hay en que esto se asemeja á un *ultimatum*, y he ahí por qué importa no descuidar nada para asir esta ocasión amenazadora, que es de la naturaleza de los sueños que se pierden para siempre si en seguida no se les fija. Es menester ser prudente; no sin razón se agita nuestra alma.

Pero esta agitación, que no se nota claramente sino en las altas mesetas especulativas de la existencia, tal vez se manifiesta al propio tiempo y sin que se sospeche en los senderos más ordinarios de la vida, porque ninguna flor se abre en las alturas que no acabe por caer al valle. ¿Ha caído ya aquélla? Lo ignoro. De todos modos, cierto es que obser-

vamos en la vida cotidiana, entre los seres más humildes, relaciones misteriosas y directas, fenómenos espirituales y acercamientos de almas de que no se hablaba mucho en otro tiempo. ¿Existían menos innegablemente antes de nosotros? Menester es creerlo, porque en todas las épocas hubo hombres que fueron hasta el fondo de las relaciones más secretas de la vida y nos transmitieron lo que aprendieron en los corazones, los espíritus y las almas de su tiempo. Probable es que aquellas mismas relaciones existieran entonces, más no podían tener la fuerza fresca y general que en este momento; no habían descendido hasta el fondo de la humanidad, pues de hacerlo, hubieran hecho fijarse en ellas las miradas de aquellos sabios que nada de ellas dicen. Y no hablo aquí del «espiritismo científico», de sus fenómenos de telepatía, de «materialización», ni de ninguna de las manifestaciones que ha poco enumeré. Trátase de acontecimientos y de intervenciones de alma que sin cesar tienen lugar en la existencia más oscura de los seres más olvidadizos de sus eternos derechos. Trátase también de una psicología muy distinta, de la psicología ordinaria, la cual ha usurpado el bello nombre de Psyché, puesto que en realidad no le inquietan sino los fenómenos espirituales más estrechamente unidos á la materia. Se trata, en una palabra, de lo que debiera revelarnos una psicología transcendental que se ocupara de las relaciones directas que hay de alma

á alma en los hombres y de la *sensibilidad* y de la *presencia extraordinaria* de nuestra alma. Este estudio, que elevará al hombre en un grado, está comenzado apenas, y no tardará en hacer inadmisibile la psicología elemental que hasta aquí ha reinado.

Esta psicología inmediata, descendiendo de las cumbres, invadió ya los más pequeños valles y su presencia se nota aún en los más medianos escritos. Nada demuestra más claramente que la presión del alma ha aumentado en la humanidad general, y que su acción misteriosa se ha vulgarizado. Rozamos aquí las cosas casi indecibles y no podemos dar acerca de ellas sino ejemplos incompletos y groseros. He aquí dos ó tres, que son elementales y sensibles: Antiguamente, si se trataba, por un instante, de un presentimiento, de una impresión extraña de una entrevista ó de una mirada, de una decisión hija del lado desconocido de la razón humana, de una intervención ó de una fuerza inexplicable, y sin embargo comprendida, de las leyes secretas de la simpatía ó de la antipatía, de las afinidades electivas ó instintivas, de la influencia preponderante de las cosas que no habían sido dichas, no se hacía hincapié en estos problemas, que, por otra parte, se ofrecían muy pocas veces á la inquietud del pensador. Se les encontraba al parecer por casualidad. No se sospechaba el peso que hacían en la vida, y teníase prisa por volver á

los juegos habituales de las pasiones y de los acontecimientos exteriores.

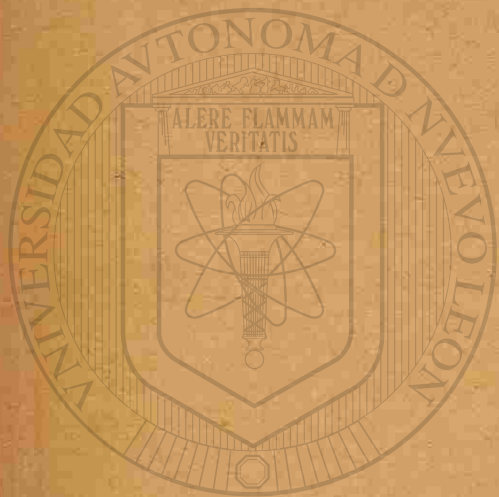
Estos fenómenos espirituales, de los que apenas se ocupaban los más grandes pensadores de otro tiempo, inquietan actualmente á los más pequeños, lo cual prueba una vez más que el alma humana es una planta de una unidad perfecta, y que todas sus ramas, cuando es llegada la hora, crecen al mismo tiempo. El aldeano á quien el don de expresar lo que hay en su alma fuera bruscamente concedido, expondría actualmente cosas que aun no había en el alma de Racine. Y he aquí cómo los hombres de genio bastante inferior al de Shakespeare ó de Racine entrevieron una vida secretamente luminosa, de la que aquéllos maestros sólo pudieron conocer el reverso. Es que no basta que una grande alma aislada se agite aquí y acullá, en el espacio ó el tiempo. Poco hará si no es ayudada. Es la flor de las multitudes. Es menester que llegue en el momento en que el océano de las almas inquiétase todo entero, pues si llega en el instante del sueño no podrá hablar sino de los sueños del sueño. Hamlet, á fin de tomar un ejemplo ilustre entre todos, Hamlet, en Elsenaur, avanza á cada momento al borde del despertar, y sin embargo, á pesar del sudor glacial que corona su frente pálida, hay palabras que no logra decirnos y que podría, sin duda pronunciar hoy, porque el alma del vagabundo, del ladrón que pasa, le ayudarían á hablar. Hamlet

cuando mira á su madre ó á Claudias, aprendería hoy lo que no sabía; porque parece que las almas no se envuelven ya en tantos velos. ¿Sabéis—y es esta una verdad inquietante y extraña,—sabéis que si no sois buenos, es más probable que vuestra presencia lo proclame hoy cien veces más claramente que lo hubiera hecho ha dos ó tres siglos? ¿Sabéis que si entristecisteis una sola alma esta mañana, el alma de ese aldeano con quien ibais á hablar de la tormenta ó de las lluvias fué avisada al mismo tiempo que su mano entreabría la puerta? Tened el rostro de un santo, el de un mártir, el de un héroe, y veréis cómo el ojo del niño con quien os encontráis no os saludará con la misma mirada inaccesible si lleváis dentro un pensamiento malo, una injusticia á las lágrimas de un semejante. Hace cien años, su alma hubiera tal vez pasado desapercibida para la vuestra, indiferente...

En verdad, hácese difícil alimentar en el corazón, al abrigo de las miradas, un odio, una envidia ó una traición; hasta tal punto las almas más indiferentes miran sin cesar en torno de nuestro ser. Nuestros antecesores no nos hablaron de estas cosas, y nosotros estamos viendo que la vida en que nos agitamos es completamente distinta de la vida que nos pintaran. ¿Engañaron ó se engañaron? Los signos y las palabras de nada sirven, y casi todo se decide en los círculos místicos de una simple presencia.

También la antigua, la vieja voluntad, tan conocida y tan lógica, se transforma á su vez y sufre el contacto inmediato de grandes leyes inexplicables y profundas. Apenas hay ya refugios, y los hombres se aproximan unos á otros. Se juzgan por las palabras y los actos, y aun por los pensamientos, porque lo que ven sin comprenderlo está situado hoy por encima del dominio de los pensamientos. Y es esta una de las grandes muestras en que se reconocen los periodos espirituales de que antes hablamos. De todos lados se siente que las relaciones de la vida ordinaria comienzan á cambiar, y los más jóvenes hablan y obran ya de otro modo que los hombres de la anterior generación. Una multitud de convenios, de usos, de velos y de inútiles terceros caen en los abismos, y casi todos sin saberlo, no juzgamos ya sino con arreglo á lo invisible. Si entro por vez primera en vuestro aposento, no pronunciaréis, según las leyes más profundas de la psicología práctica, no pronunciaréis la sentencia secreta que todo hombre pronuncia en presencia de otro hombre. No llegaréis á decirme donde fuisteis para saber quién soy, pero volveréis á mí cargados con el peso de certidumbres inefables. Vuestro padre me hubiera tal vez juzgado de otro modo y habríase engañado. Es menester creer que el hombre va pronto á tocar al hombre y que la atmósfera va á cambiar. ¿Hemos hecho, conforme dice Claudio de San Martín, el gran «filósofo

desconocido», hemos dado «un paso más en el camino instructivo y luminoso de la sencillez de los seres»? Esperemos en silencio; tal vez oigamos dentro de poco «el murmullo de los dioses».



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



LA JUSTICIA

1

Hablo para los que no creen en la existencia de un Juez único, todopoderoso é infalible que noche y día vela sobre nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras acciones; mantiene la justicia en este mundo y la completa después.

¿Y si no hay Juez, hay una justicia distinta de la organizada por los hombres, no solamente para sus leyes y sus tribunales, sino para todas las relaciones sociales no sometidas á los juicios positivos, y que no tienen por ordinaria sanción más que la que emana de la confianza, desconfianza, aprobación ó desaprobación de los que nos rodean? ¿No hay nada por encima de todo esto? Esto que en la moral del universo, parece frecuentemente tan inexplicable, que los hombre se creen, por decirlo así, forzados á creer en la existencia de un Juez inteligente, ¿puede reducirse á la justicia social y explicarse por ella? ¿Cuándo engañamos y vencemos á nuestro prójimo, hemos engañado y vencido todas

2

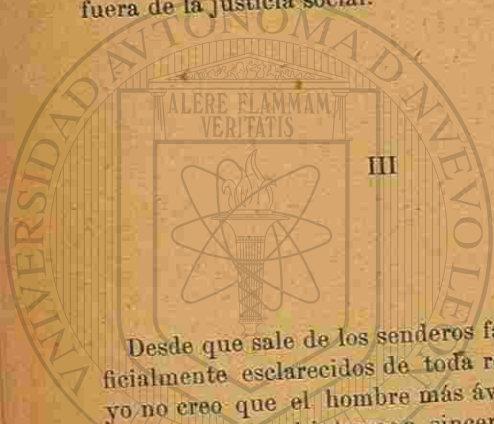
las fuerzas de la justicia? ¿Está todo ya definitivamente regulado hasta el punto de que nosotros no tenemos nada que hacer, ó bien existe una justicia más grave y menos sujeta al error, menos visible pero más profunda, más universal y más poderosa? ¿Quién negará que hay una irresistible que envuelve toda la vida humana, y que reina en su centro una inteligencia que no se engaña y que jamás se engañará? ¿Pero donde la colocamos en cuanto la separamos de los cielos? ¿Dónde se encuentra ella? ¿De dónde saca el bien y el mal, la dicha y la desgracia? Las cuestiones que nos proponemos son, pues, importantes, pues del lugar en donde se encuentre y de donde salga la justicia para castigarnos ó para recompensarnos, dependen su naturaleza y toda nuestra moral. Por eso no es inútil examinar cuál es hoy en el corazón y en el espíritu de los hombres el verdadero estado de esta gran idea de justicia soberana y mística que desde los orígenes de la historia tantas veces se ha transformado. ¿No es, pues, éste el misterio más alto y más apasionante que nos queda? ¿No está relacionado con todos los demás, y no son sus vacilaciones las que nos mueven más profundamente? Posiblemente la gran masa del pueblo no tendrá conciencia de estas vacilaciones ni de estas transformaciones. La conciencia nítida de esta evolución del pensamiento humano no es indispensable á todos; hasta que unos cuantos se den cuenta de que

una transformación ha tenido lugar, para que la moral general note poco á poco los efectos.

II

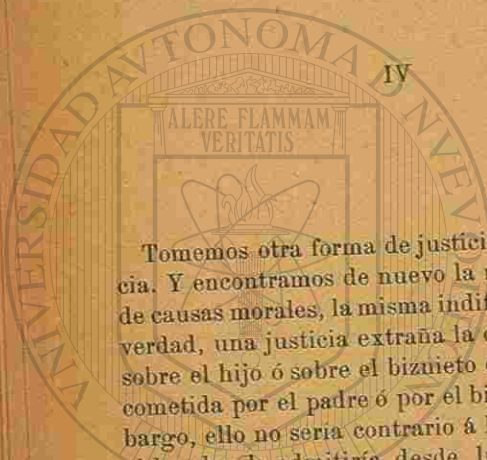
Nosotros hablaremos, naturalmente, de la justicia social; es decir, de la justicia que nos administramos mutuamente en la vida; pero no hablaremos de la justicia legal ó positiva, que no es más que la organización de una parte de la justicia social. Nos ocuparemos, sobre todo, de esta justicia imprecisa pero eficaz, insecuestrable pero inevitable; que acompaña é impugna, aprueba ó desaprueba, recompensa ó castiga todas las acciones de nuestra vida. ¿Viene ello de fuera? ¿Existe independiente del hombre en el universo y en las cosas de un principio moral, intangible é inalienable? ¿Hay, en una palabra, una justicia que podría llamarse la justicia física? ¿O bien esta justicia sale toda entera del hombre, es toda ella interior aunque se agite fuera? Y para resumir, en otra frase, ¿no existe otra justicia psicológica? Pienso que estos dos términos, jus-

ticia física y justicia psicológica, abrazan las diversas formas de justicia que parecen existir todavía fuera de la justicia social.



Desde que sale de los senderos fáciles, pero artificialmente esclarecidos de toda religión positiva, yo no creo que el hombre más ávido de ilusiones y de misterios, si interroga sincera y atentamente su experiencia personal, si mira los males exteriores, que en torno de él castigan ciegamente á los buenos y á los malvados, yo no creo, repito, que este hombre pueda dudar largo tiempo de esta verdad; que en el mundo en que vivimos no hay justicia física proveniente de causas morales, que esta justicia se presenta bajo forma de herencia, de enfermedad, de fenómenos atmosféricos ó geológicos ó bajo cualquier otra imaginable. Ni la tierra, ni el cielo, ni la naturaleza, ni la materia, ni el éter, ni ninguna de las fuerzas que conocemos, fuera de las que en nosotros residen, se preocupa de la justicia

ni tienen la menor relación con nuestra moral, con nuestros pensamientos ó con nuestras intenciones. No hay entre el mundo exterior y nuestros actos más que simples relaciones de causa á efecto, esencialmente amorales. Si cometo tal imprudencia ó tal exceso, corro tal peligro y pago tal deuda á la naturaleza. Y como el exceso ó la imprudencia tienen generalmente una causa que nosotros llamamos inmoral, puesto que debemos acomodar nuestra vida á las pequeñas exigencias de nuestra salud y de nuestra seguridad, inevitablemente establecemos una relación entre la causa inmoral y el peligro corrido ó la deuda pagada, y de nuevo recuperamos esta confianza en la justicia del universo, que es el perjuicio de más honda raigambre en nuestro corazón. Pero al retomar de nuevo esta confianza perdemos de vista que hubiese pasado exactamente lo mismo si el exceso ó la imprudencia tuviera una causa inocente ó heroica para hablar según nuestro vocabulario infantil. Si yo me arrojo al agua con un frío riguroso para salvar á mi semejante, ó si me caigo á ella desde una escollera en una noche de vagabundeo orgiástico, las consecuencias del enfriamiento serán absolutamente parecidas, y nada sobre la tierra ni bajo los cielos, excepto yo mismo, añadirá un sufrimiento á mis sufrimientos porque haya cometido un crimen, ni robará un dolor á mis dolores por haber llevado á cabo un acto virtuoso.



Tomemos otra forma de justicia física: la herencia. Y encontramos de nuevo la misma ignorancia de causas morales, la misma indiferencia. Sería, á la verdad, una justicia extraña la que hiciera recaer sobre el hijo ó sobre el biznieto el peso de una falta cometida por el padre ó por el bisabuelo. Sin embargo, ello no sería contrario á la moral humana; el hombre le admitiría desde luego y aparecería natural, grandioso, excelso, prolongando indefinidamente nuestra individualidad, nuestra conciencia y nuestra existencia, y desde este punto de vista se acordaría con un gran número de hechos que no puede apenas contestar y que prueban que no somos seres exclusivamente limitados á nosotros mismos sino en una relación sutil y todavía incompletamente conocida con todo lo que nos rodea, con todo lo que nos precede y con todo lo que nos sigue en la vida.

Mas si esto es verdad en un cierto sentido, no lo

es en lo que concierne á la justicia de la herencia física. La herencia física no tiene nada que ver con las causas morales del acto en que los descendientes pagan las consecuencias. Hay entre lo que ha hecho el padre comprometiendo su salud y lo que sufre el hijo un lazo físico; pero las intenciones, los móviles del padre, livianos ó heróicos, no tienen ninguna influencia sobre los sufrimientos del hijo. Además, el campo de la pretendida justicia de la herencia física está extraordinariamente restringido. Un padre puede haber cometido faltas abominables, haber asesinado, traicionado, perseguido al inocente, despojado á los humildes, sin que sus crímenes dejen la menor huella en el organismo de sus hijos. En suma, la justicia de la herencia castiga casi exclusivamente dos especies de faltas: el alcoholismo y la concupiscencia. Mas si el alcoholismo es un vicio repugnante y deplorable, hay que reconocer que la mayor parte de las veces debe considerarse mas como debilidad que como crimen, como la falta que supone menos mala voluntad y menos perversión. No se explica por qué la moral del universo castiga de una manera especial, terrible, eterna, una falta relativamente inocente, en tanto que deja libres de cuidados al parricida y al envenenador, por ejemplo.

En cuanto á la lujuria, es verdad que es un mal temible y el más funesto para la descendencia. Mas aquí también de parte de la justicia de las cosas

hay la misma ignorancia de las causas morales, la misma ceguera.

El acto de libertinaje puede ser monstruoso desde el punto de vista moral, puede haber sido preparado por maquinaciones horribles, puede ir seguido por abusos de poder, de desesperaciones, de lágrimas; pero es también posible que sea indiferente, inocente casi. Poco importa eso á la justicia de las cosas; castiga en razón de las precauciones tomadas ó desdenadas; en razón á la frecuencia de la aventura, á veces al azar, sin jamás tener en cuenta el estado de alma de su víctima. Podría hacerse, con respecto al libertinaje, la misma observación que hice con respecto al alcoholismo. ¿Por qué este castigo casi ilimitado á una falta frecuentemente inofensiva? Hay libertinajes que á los ojos de la razón fría y serena que debería poseer una justicia soberana, son incomparablemente menos culpables que muchos pensamientos perversos que pasan inadvertidos en nuestro corazón. En fin, para concluir este capítulo, no sería difícil imaginar ó encontrar casos en que los hijos ó los nietos de un hombre honrado serán irremisiblemente castigados en su inteligencia ó en su carne, por haber contraído su padre un mal incurable en el cumplimiento de un acto que consideraba, con razón ó sin ella, como un acto de reparación, de abnegación, de sacrificio y de lealtad.

V

En lo concerniente á la herencia moral, no parece que haya principios diferentes de los de la herencia física; más como aquí las modificaciones del espíritu y del carácter son infinitamente más complejas y más inabordables, los fenómenos son también del mismo modo menos seguros y menos sorprendentes. La herencia moral, al menos en el dominio patológico, que es el único característico para poder hacer observaciones decisivas; la herencia moral, repito, no es más que la forma espiritual de la herencia física; aquélla es el principio de ésta, ésta la prolongación de aquélla, y en el origen de la primera, desde el punto de vista de la justicia, se encuentra, por consiguiente, la misma ceguera, la misma indiferencia. Los descendientes del alcohólico ó del libertino, cualquiera que sea la perversidad ó la inocencia de la causa moral del alcoholismo ó del libertinaje, podrán ser castigados al mismo tiempo en su espíritu ó en su carne; ten-

drán casi inevitablemente un agotamiento intelectual al lado de una debilidad fisiológica. Y que sean locos, idiotas, epilépticos, que tengan instintos criminales irresistibles ó un ligero desequilibrio de las facultades mentales, poco importa; he aquí el alma, al mismo tiempo que el cuerpo, herida, menoscabada por la más espantosa pena moral, que puede inventar una justicia suprema - si es que esto ha sido alguna vez cuestión de justicia—aplicada á actos que son ordinariamente menos malos y casi siempre menos perversos que cien otros que la naturaleza no ha soñado jamás en castigar. Esta pena es aplicada ciegamente y sin tener la menor cuenta de los móviles excusables, indiferentes ó excelsos de los actos. ¿Quiere esto decir que el alcoholismo y el libertinaje entran solos en la herencia moral? De ninguna manera; eso sería absurdo. Mil factores, más ó menos conocidos intervienen; ciertas cualidades morales parecen transmitirse, como ciertas cualidades físicas. En tal raza se encuentran casi constantemente tales virtudes probablemente adquiridas. Pero ¿cuál es la parte del ejemplo, del medio y de la herencia?

El problema se complica de tal modo, los hechos son tan contradictorios, que no es posible, en la multitud de causas innumerables, seguir la huella de una causa determinada. Ni aun en los casos en que con más claridad se manifiesta una justicia intencional en la herencia física ó moral no encon-

tramos ningún rastro, y si allí no los encontramos, mucho más difícil será todavía encontrarlos en cualquier otra parte.

VI

Podemos, pues, decir que no hay huella de una justicia intencional ni sobre, ni en torno, ni por debajo de nosotros, ni en esta vida, ni en nuestra otra vida, que es la de nuestros hijos. Pero al adaptarnos á la existencia, hemos sido naturalmente inducidos á impregnar de nuestra moral los principios de causalidad que encontramos más frecuentemente; de suerte que existe una muy suficiente apariencia de justicia efectiva recompensando ó castigando la mayor parte de nuestros gestos, según que se aproximen ó se desvíen de ciertas leyes necesarias á la conservación de los seres. Es evidente que, si yo sembré mi campo, tendré cien probabilidades más de recoger el estío próximo, que mi vecino, que no sembró el suyo porque prefiere vivir en la pereza ó en la disipación.

He aquí el trabajo recompensado con una satisfactoria certidumbre, y cuéntese que hemos hecho del trabajo el hecho moral por excelencia y el primero de los deberes, puesto que es necesario para el mantenimiento de nuestra existencia. Se podría multiplicar hasta el infinito los ejemplos de este género. Si educo bien á mis hijos y soy bueno y justo para los que me rodean; si en toda circunstancia soy honesto, activo, prudente y sabio, tengo más probabilidades de encontrar la piedad filial, la afección, la felicidad y el respeto que cualquier otro que haga todo lo contrario. Sin embargo, no perdamos de vista que mi vecino no recogería tampoco el trigo, aun con diligencia y sobriedad, si una causa respetable y admirable, por ejemplo, una enfermedad contraída á la cabecera de su mujer ó de un amigo, le hubiese impedido sembrar el trigo á tiempo. Y así, *mutatis mutandis*, en los demás casos que acabo de enumerar. Mas estos casos en que una causa respetable pone obstáculos al cumplimiento de un deber son excepcionales, y en general, entre la causa y el efecto, entre la exigencia de la ley necesaria y el resultado del esfuerzo hay, gracias á nuestra flexibilidad, una concordancia suficiente para mantener en nosotros la idea de la justicia de las cosas.

VII

Esta idea que duerme en el fondo de los menos místicos y de los menos crédulos ¿es saludable? ¿Esta parte de nuestra moral no está posada como un insecto sobre una roca, que cae y que en la caída se imagina el insecto que la roca no se derrumba más que para sostenerlo? ¿Existen errores y mentiras que es preciso favorecer? Es posible que hayan sido saludables alguna vez, pero sus beneficios pasados ¿no se han encontrado frente á la verdad y no le han hecho el sacrificio que se había diferido? ¿Era necesario advertir que la ilusión y la mentira que parecían genitoras de bien, comenzasen á crear el mal ó retardasen al menos el recuerdo indispensable entre la realidad bien sentida y la manera de interpretarla, de aprovecharla ó de aceptarla? ¿Qué eran el derecho divino de los reyes, la infalibilidad de la Iglesia y la recompensa de ultratumba, sino ilusiones á las que durante tanto tiempo se sacrificaron los hombres? ¿Y qué hemos ido ganando con

esos sacrificios? Un poco de engañosa paz, algunos consuelos funestos, no pocas esperanzas inactivas. Bien se han perdido los días extintos, y la humanidad que quiere al fin conocer la verdad, y que en este conocimiento á que aspira, encuentra una razón de ser que reemplaza á todas las demás, tiene muy poco tiempo que perder. Es cierto que con nada pierde el tiempo, pues nada es más vivaz ni más hábil para cambiar de forma que una ilusión desarraigada. Pero ¿qué importa, se dirá, que el hombre haga tal cosa que es justa porque esté persuadido de que Dios lo vigila ó porque se imagine que hay una suerte de justicia en el universo ó simplemente, en fin, porque esta cosa le parezca justa en su conciencia? Al contrario, eso es lo que importa por encima de todo. Hay tres hombres distintos; el primero, el que Dios vigila, hará más de una cosa injusta, pues no hay Dios que no haya querido ni exigido muchas cosas injustas. El segundo, no obrará siempre como el tercero, y el tercero es el hombre á quien el moralista debe interrogar porque sobrevivirá á los otros dos. Para el moralista es más interesante prever de qué manera se conducirá el hombre en la verdad, es decir, en su elemento natural, que examinar de qué modo se comportaría en el error.

VIII

Me imagino que parecerá inútil á los que no creen en la existencia de un Juez soberano, examinar tan gravemente esta idea inadmisibile de la justicia de las cosas. Si, presentando del modo que se da en la realidad, y puesta, por decirlo así, «al pie del muro» es, en efecto, inadmisibile. Pero en la vida cotidiana no tenemos costumbre de representárnosla de esta suerte, y viendo el crimen castigado, la propiedad mal adquirida que acaba en la ruina, la agresión inicua triunfando un momento y al punto caída en el mayor desastre, el libertinaje arrastrando la sucia melancolía de sus harapos por los callejones infectos, confundimos sin cesar el efecto físico con la causa moral, y aunque no creamos en la existencia de un Juez, todos llegamos á vivir con más ó menos abandono sobre yo no sé que fe informe en la justicia de las cosas. Y aunque el estado de razón y de observación frías nos hubieran demostrado que esta justicia no existe, es suficiente

que un acontecimiento nos toque de cerca, que haya dos ó tres coincidencias sensibles para que este convencimiento arraigue en nuestro corazón, pero no en nuestro espíritu. A pesar de nuestra razón y á pesar de nuestra experiencia, una nonada cualquiera, nos iguala á nuestros antepasados que estaban persuadidos de que las estrellas no brillan en su insondable eternidad, más que para predecir y aprobar una herida que harían á sus enemigos en el campo de batalla, ó una palabra que pronunciarían en la asamblea popular. Nosotros también divinizamos los sentimientos según nuestro interés; pero como los dioses no tienen nombre, los divinizamos de una manera menos imprecisa y menos sincera; eso es la única diferencia. Cuando los griegos impotentes ante Troya tienen necesidad de un socorro y de un signo sorprendentes, van á arrancar á Filoctetes el arco y las flechas de Hércules, y lo abandonan enseguida enfermo, desnudo y sin armas en una isla desierta; esa es la justicia misteriosa; la orden de los dioses más alta que la justicia humana. Nosotros, cuando una iniquidad nos parece útil la reclamamos en nombre de la raza futura en nombre de la humanidad, en nombre de la patria. Por otra parte, cuando una gran desgracia nos acagota, no hay justicia ni hay dioses; pero si es á nuestro enemigo á quien estrangula, el universo, se repuebla al instante de jueces invisibles. Y si nos adviene una dicha inesperada y despro-

porcionada á nuestros méritos, nos imaginamos que había en nosotros virtudes ocultas, que nosotros mismos ignorábamos y somos más felices por haberlas descubierto que por la dicha que el descubrimiento nos proporciona.

IX

«Todo se paga», decimos. Sí, en el fondo de nuestro corazón y en el dominio humano todo se paga, según la justicia, en moneda de dicha ó de desdicha íntimas. Fuera de nosotros, en el universo que nos envuelve todo se paga del mismo modo; pero la dicha ó desdicha no pasa por las manos del mismo intendente. Se distribuye de otra manera y por otros motivos, y en virtud de otras leyes. No es, pues, la justicia de la conciencia la que preside, sino la lógica de la naturaleza ignorante de nuestra moral. Hay en nosotros un espíritu que no pesa más que las intenciones, como hay fuera de nosotros una potencia que no pesa más que los hechos, y no nos persuadimos de que se mueven de acuer-

do; pero en realidad, si el espíritu observa á la potencia, la potencia ignora al espíritu tan totalmente como un hombre que pesa carbón en la Europa septentrional ignora la existencia de otro hombre que pesa diamantes en el Africa del Sur. Mezclamos constantemente nuestros sentimientos de justicia con esta lógica de la moral y ese es el origen de la mayor parte de nuestros errores.

No tenemos derecho á quejarnos de la indiferencia del universo ni á declararla monstruosa é incomprendible, ni tampoco á rebelarnos contra una injusticia en la cual nosotros tomamos una parte muy activa. No hay, es verdad, ninguna huella de justicia en los accidentes, en las enfermedades y en la mayor parte de los azares de la vida exterior que ciegamente castigan al bueno y al malvado, al traidor y al héroe, á la hermana de la caridad y á la envenenadora. Sabemos poner bajo la advocación de «injusticia del universo» un gran número de

injusticias exclusivamente humanas é infinitamente más frecuentes y más terribles que la tempestad, las enfermedades y el incendio. No voy á hablar de la guerra porque podría objetárseme que depende menos de la naturaleza que de la voluntad de los pueblos y de los reyes. Pero el pauperismo, por ejemplo, que colocamos todavía entre los males irresponsables lo mismo que la peste ó el naufragio, el pauperismo con sus dolores y sus miserias hereditarias ¿cuántas veces no es imputable á la injusticia de nuestro estado social que no es más que la suma de las injusticias del hombre? ¿Por qué al espectáculo de una miseria inmerecida buscamos en el cielo un juez ó una causa impenetrable, como si se tratase de un rayo, por ejemplo? ¿Olvidamos que esta es la parte más conocida y más segura de nuestro dominio, y que somos nosotros los que organizamos la miseria y la distribuimos tan arbitrariamente desde el punto de vista moral como el fuego distribuye sus rayos y la enfermedad sus sufrimientos? ¿Es razonable quejarse de que el Océano no tenga en cuenta el estado de alma de su víctima, en tanto que nosotros que tenemos una alma, es decir, el órgano por excelencia de la justicia, no nos ocupamos para nada de la inocencia de millares de miserables que son nuestras víctimas? ¿Es una excusa suficiente apartarse de nuestros cuidados diarios para construir una fuerza fatal, una fuerza que está toda entera en nuestras manos? ¡En verdad

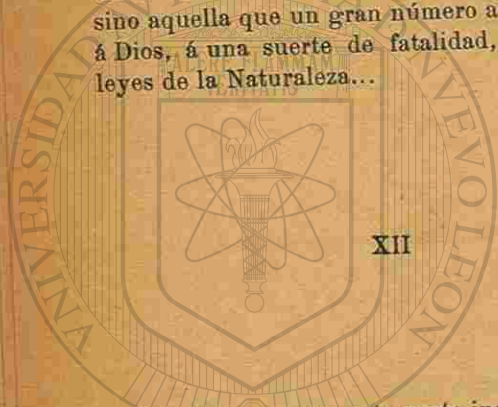
que somos extraños jueces y extraños amantes de una justicia ideal! Tiembla el mundo de un punto á otro ante un error judicial, y el error que condena á la miseria, á las tres cuartas partes de nuestros hermanos y que es tan puramente humano como el error de un tribunal lo atribuimos á no sé qué potencia inaccesible é implacable. Si el hijo de un vecino nuestro nace ciego, idiota ó contrahecho, iremos á buscar, no importa dónde, hasta en las tinieblas de una religión, que ya no practicamos, un Dios cualquiera para interrogar su pensamiento; pero si el niño nace pobre, lo que habitualmente para el destino de un ser es mucho más grave que que la más grave enfermedad, ni siquiera pensamos en Dios, que es, ni más ni menos, que la suma de todas las voluntades individuales. Antes de desear un juez ideal, sería necesario purificar nuestras ideas y que este juez participase de ellas. Antes de quejarnos de la indiferencia de la Naturaleza y de buscar una equidad que no existe, sería cauto atacar en nuestras regiones humanas una iniquidad que se encuentra; y si no se encontrase la parte reservada á las injusticias del azar, aparecería reducido en tercio y quinto. En todo caso, quedaría más disminuido que si hubiésemos hecho á la tempestad razonable, perspicaz al volcán, á la avalancha avisada, al frío y al calor circunspectos, á la enfermedad juiciosa, al mar inteligente y atento á nuestras virtudes y á nuestras intenciones secretas.

Hay, en efecto, muchos más pobres que naufragos ó víctimas de accidentes materiales y muchas mas enfermedades debidas á la miseria que á los caprichos de nuestro organismo ó á la hostilidad de los elementos.

XI

Nosotros, por lo tanto, amamos la justicia. Vivimos, es verdad, en el seno de una gran injusticia; pero de esto hace muy poco tiempo que adquirimos la certidumbre y buscamos todavía el medio de hacerla desaparecer. Ya es antigua la idea de Dios, del destino, de las voluntades misteriosas de la Naturaleza, entremezclándose íntimamente, y aun está estrechamente ligada á la mayor de las potencias injustas del Universo; más lo de ensayar el aislamiento de las fuerzas puramente humanas que se encuentran es de ayer. Si conseguimos aislarlas, reconocerlas y separarlas definitivamente de aquellas sobre las que no tenemos ninguna influencia, habremos realizado una misión más importante

para la justicia que todo lo que hasta aquí ha hecho la Humanidad por la investigación de la misma. En la injusticia social no es la parte humana capaz de detener nuestro deseo apasionado de equidad, sino aquella que un gran número atribuye todavía á Dios, á una suerte de fatalidad, á imaginarias leyes de la Naturaleza...



XII

Esta última parte, esta parte inactiva disminuye cada día. No es que el misterio de la justicia desaparezca; es muy raro que un misterio se agote por completo; ordinariamente no hace más que cambiar de lugar. Desde un cierto punto de vista, todo el progreso del pensamiento humano se reduce á dos ó tres cambios de este género; á transportar dos, ó tres misterios de un lugar donde hacían mal á otro donde son inofensivos é incluso pueden hacer bien. A veces, sin que el misterio cambie de lugar, es suficiente para lograr lo que se desea: basta con darle otro nombre; á lo que antes llamaban «los

dioses» hoy se llama «la vida»; y si la vida es tan inexplicable como los dioses, al menos tenemos la ventaja de que nadie invoque su derecho á hablar y á poner obstáculos en su nombre. El fin del pensamiento humano no es probablemente más que destruir el misterio ó desgastarlo. Esto no parece muy posible; probablemente habrá siempre la misma cantidad de misterio en este mundo si se atiende á que lo propio del mundo y lo propio del misterio es ser infinitos. Más el pensamiento honradamente humano quiere determinar la situación de los misterios verdaderos é irreductibles y arrancar á estos misterios todo lo que no les pertenece, todo lo que nuestros errores, nuestras mentiras y nuestra cobardía les han añadido. Y á medida que caen los misterios artificiales se ensancha el océano del misterio real que es el misterio de la vida, de su fin, de su origen, de su propia existencia; el misterio que se ha llamado «el accidente primitivo» ó «la esencia incognoscible de la realidad».

XIII

¿Dónde está situado el misterio de la justicia? Llena todo el mundo, se encuentra en las manos

de los dioses y domina á los dioses mismos. Se le había repartido y estaba en todas partes menos en el hombre. Ocupaba los cielos, animaba las rocas, la atmósfera y los mares, poblaba un Universo inaccesible. Se le apresa, se le examina, se le hace vacilar en su trono de nubes y se desvanece; y en el momento que creíamos que había desaparecido, de nuevo reaparece y se dirige al fondo de nuestro corazón y es todavía un misterio que se reconcilia con el hombre porque el hombre viene á ser casi siempre el último refugio y la verdadera morada de los misterios que creemos nosotros aniquilar. Es muro tras donde ellos encuentran, en fin, el hogar que habían abandonado para reconocer el espacio en el primer delirio de su juventud y es dentro de nosotros donde debemos interrogarlos. Es en efecto, tan admirable y tan inexplicable que el hombre tenga en su corazón un inmutable instinto de justicia como era admirable é inexplicable que los dioses ó las fuerzas del Universo fueran justas. Es tan difícil darse cuenta de la esencia de nuestra memoria, de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia, como era difícil darse cuenta de la memoria, de la voluntad y de la inteligencia de las potencias invisibles ó de las leyes de la Naturaleza. Y si es lo desconocido ó lo incognoscible, lo que nos hace falta para ennoblecer nuestra curiosidad; si tenemos necesidad de lo infinito y del misterio para entretener nuestra ansia, no perde-

remos ni uno solo de los afluentes de lo desconocido ó de lo incognoscible volviendo hacia el primitivo manantial del gran río; no nos cerraremos en uno solo de los caminos del infinito; no amenguaremos ni una línea el más discutible de los misterios verdaderos. Lo que lleva á los cielos, se encuentra en el corazón del hombre; pero misterio por misterio prefirmos siempre el más cierto al más dudoso, el que está más próximo al que está más lejos, el que nos pertenece al que está fuera de nosotros. Misterio por misterio no interroguemos nunca á los mensajeros; sino al soberano que los envía; no interroguemos á los que huyen en silencio en cuanto se les interroga, sino á nuestro propio corazón que encierra al mismo tiempo la pregunta y la respuesta.

Desde entonces nos será posible responder á más de una cuestión inquietante sobre el reparto equitativo de las penas y de las recompensas entre los

hombres. No se trata solamente de las penas y de las recompensas interiores ó morales, sino también de las que son visibles y perfectamente materiales. Con razón la humanidad cree desde su origen que la justicia impregna y anima, por decirlo así, todos los objetos del mundo en que vivimos. Para explicar esta creencia, no basta sólo contrastar que nuestras grandes leyes morales han sido forzosamente adaptadas á las grandes leyes de la vida de la materia. Hay otra cosa: todo no se limita á una simple relación de causa á efecto entre la transgresión y el castigo. Frecuentemente también se descubre un elemento moral que, aunque las cosas no lo tengan en sí, aunque nosotros lo hayamos creado, no por eso es menos real y potente. Si no hay justicia física propiamente dicha y si justicia psicológica interior de que ya nosotros hablaremos, existe también una justicia psicológica en constante relación con el mundo físico y á esta justicia es á la que atribuimos, no se sabe que principio universal é invisible. Nos parece un tanto mezquino conceder á la naturaleza intenciones morales y moverse bajo el imperio del temor al castigo ó de la esperanza en la recompensa que ella nos reserva. Pero esto no quiere decir que, hasta materialmente no haya recompensa para el bien y castigo para el mal: los hay de un modo incontestable; pero no vienen de donde nosotros creemos: y creyendo que vienen de un lugar inabordable que nos dominan,

nos juzgan, nos dispensan por consiguiente, de juzgarnos cometemos un error peligroso, pues nada como esto influye sobre nuestra manera de defendernos contra la desgracia y de marchar á la conquista de la dicha.

XV

La suma de justicia que encontramos, á pesar de todo, en la naturaleza, no proviene de la naturaleza misma, sino de nosotros que la ponemos á nuestro antojo, mezclándonos con las cosas, animándolas y sirviéndonos de ellas. En nuestra vida no son solamente el rayo ó la enfermedad, los que cualesquiera que sean nuestros pensamientos nos hieren de improviso sin razón aparente: hay otros casos y mucho más numerosos en que nosotros obramos directamente sobre los seres que nos rodean, penetrándoles de nuestra personalidad ó haciendo á las fuerzas de la naturaleza instrumentos de nuestros pensamientos que, cuando son injustos y abusan de esas fuerzas, provocan necesariamente represalias y castigos.

La reacción moral no está en la naturaleza, sale de nuestros propios pensamientos ó de los pensamientos de los demás hombres. No es en las cosas, sino en nosotros donde se encuentra la justicia de las cosas. Lo que modifica nuestra conducta para con el mundo exterior y nos pone en guerra con él, es nuestro estado moral, porque nosotros estamos en guerra con nosotros mismos, con las leyes esenciales de nuestro espíritu y de nuestro corazón. La justicia ó la injusticia de nuestra intención no tiene ninguna influencia sobre la actitud de la naturaleza con respecto á nosotros; y sin embargo, la tiene casi siempre decisiva sobre nuestra actitud con respecto á la naturaleza. Aquí, como cuando era cuestión de la justicia social, atribuimos al universo ó á un principio ininteligible y fatal un papel que nosotros mismos juzgamos. Y cuando decimos que la justicia, la naturaleza, el cielo ó las cosas nos castigan y se vengan y se revuelven contra nosotros, es en realidad el hombre que castiga al hombre á través de las cosas, la naturaleza humana que se revuelve y la justicia humana que se venga.

XVI

Citaba yo un día el ejemplo de Napoleón y de sus tres más célebres é irritantes injusticias que fueron también las tres injusticias más funestas á su fortuna, á saber: el asesinato del duque d'Enghien, condenado sin juicio y sin pruebas y ejecutado en los fosos de Vicennes, asesinato que sembró en torno del dictador infcuo los odios más implacables y los más feroces deseos de venganza. Síguete inmediatamente la odiosa alevosía de Bayona, donde él atrajo por medio de bajas intrigas para despojarlos de su corona hereditaria á los confiados y benignos Borbones de España, la horrible guerra que se siguió, donde perecieron 300.000 hombres, toda la energía, toda la moralidad, casi todas las certidumbres, casi todas las abnegaciones y los destinos felices del Imperio. Y por fin, la espantosa é inexcusable campaña de Rusia, desastre definitivo de su fortuna que moría arreceda y friolenta entre los hielos de la Beresina y las nieves de la Polonia.

Y decía yo á este propósito: hay numerosas causas

La reacción moral no está en la naturaleza, sale de nuestros propios pensamientos ó de los pensamientos de los demás hombres. No es en las cosas, sino en nosotros donde se encuentra la justicia de las cosas. Lo que modifica nuestra conducta para con el mundo exterior y nos pone en guerra con él, es nuestro estado moral, porque nosotros estamos en guerra con nosotros mismos, con las leyes esenciales de nuestro espíritu y de nuestro corazón. La justicia ó la injusticia de nuestra intención no tiene ninguna influencia sobre la actitud de la naturaleza con respecto á nosotros; y sin embargo, la tiene casi siempre decisiva sobre nuestra actitud con respecto á la naturaleza. Aquí, como cuando era cuestión de la justicia social, atribuimos al universo ó á un principio ininteligible y fatal un papel que nosotros mismos juzgamos. Y cuando decimos que la justicia, la naturaleza, el cielo ó las cosas nos castigan y se vengan y se revuelven contra nosotros, es en realidad el hombre que castiga al hombre á través de las cosas, la naturaleza humana que se revuelve y la justicia humana que se venga.

XVI

Citaba yo un día el ejemplo de Napoleón y de sus tres más célebres é irritantes injusticias que fueron también las tres injusticias más funestas á su fortuna, á saber: el asesinato del duque d'Enghien, condenado sin juicio y sin pruebas y ejecutado en los fosos de Vicennes, asesinato que sembró en torno del dictador infcuo los odios más implacables y los más feroces deseos de venganza. Síguete inmediatamente la odiosa alevosía de Bayona, donde él atrajo por medio de bajas intrigas para despojarlos de su corona hereditaria á los confiados y benignos Borbones de España, la horrible guerra que se siguió, donde perecieron 300.000 hombres, toda la energía, toda la moralidad, casi todas las certidumbres, casi todas las abnegaciones y los destinos felices del Imperio. Y por fin, la espantosa é inexcusable campaña de Rusia, desastre definitivo de su fortuna que moría arreceda y friolenta entre los hielos de la Beresina y las nieves de la Polonia.

Y decía yo á este propósito: hay numerosas causas

para explicar estas catástrofes remontándose lentamente á través de todas las circunstancias, á través de todos los accidentes más ó menos imprevistos, hasta la alteración de un carácter, hasta las imprudencias, locuras y traiciones. ¿No será, pues, la sombra silenciosa de la justicia humana desconocida lo que se cree ver en la fuente de donde mana la desgracia? Justicia humana que no tiene nada de sobrenatural, nada de misterioso, hecha con reivindicaciones muy explicables, de mil hechos pequeños, muy reales, de innumerables abusos, de innumerables mentiras y de ningún modo surgiendo en un momento trágico, inopinado, armada como la Minerva antigua, con el casco formidable del destino. No hay más que una cosa misteriosa en todo esto y es la presencia eterna de la justicia humana; pero todos sabemos que la naturaleza del hombre es muy misteriosa. Este misterio nos retiene y es el más cierto, el más profundo, el más saludable, el único que no paralizaría jamás nuestra energía bienhechora. Y si en todas las demás vidas no encontramos como en la de Napoleón esta sombra paciente y vigilante, si la justicia no es siempre tan activa y tan irrecusable, no es menos útil señalarla cuando se la percibe en alguna parte. En todo caso ello hace nacer una duda y una interrogación que dan consejos mejores que una afirmación ó una negación gratuita, perezosa y ciega tal como frecuentemente sabemos enunciarlas, pues en todas las cues-

tiones de este género se trata mucho menos de probar que de inspirar un cierto respeto grave por todo lo que permanece aún inexplicable en las acciones de los hombres, en un encadenamiento á leyes que parecen generales y en sus consecuencias.

XVII

Apliquémonos á descubrir en nosotros la acción verdaderamente fatal del gran misterio de la justicia. En el corazón del que comete una injusticia tiene lugar un drama indeleble, que es el drama por excelencia de la naturaleza humana, y este drama es tanto más peligroso y tanto más funesto cuanto más grande es el hombre y más cosas sabe. Un Napoleón en estos momentos agitados, sin duda experimentalría que la moral de una gran vida no es tan simple, no puede ser tan sencilla como la de una vida ordinaria; que una voluntad activa y fuerte tiene prerrogativas que no posee una voluntad vacilante y débil; que se pueden desdeñar legiti-

mamente ciertos escrúpulos de conciencia, no por ignorancia ni por debilidad, sino porque se los mira desde más alto que el común de los hombres, y porque persiguen un objeto glorioso y grande, y porque esta negligencia pasajera y voluntaria es una victoria del entendimiento y de la fuerza, que no hay ningún peligro en hacer el mal cuando se sabe que se hace y por qué. Todo esto no traiciona el fondo de nuestra naturaleza. Un acto de injusticia disminuye siempre la confianza que un ser tiene en sí y en su destino. Renunció en un momento dado, y generalmente de los más graves, á no contar más que consigo mismo, y en adelante no podrá encontrarse todo entero. Probablemente ha corrompido su fortuna introduciendo potencias extrañas, perdiendo el sentimiento exacto de su personalidad y de su fuerza; no acertando á distinguir netamente lo que á sí mismo debe, de lo que pide sin cesar en sus desfallecimientos á los colaboradores perniciosos. Desde entonces ya no es el general que cuenta con soldados disciplinados en el ejército de sus pensamientos, sino el jefe ilegítimo que no tiene más que cómplices; ha abandonado esa dignidad del hombre á la cual no puede sonreirse tristemente como se sonreiría una mujer infiel en un amor ardiente y desgraciado. El hombre realmente fuerte examina consigo mismo las ventajas que sus acciones le han conquistado, y rechaza en silencio todo lo que excede á una cierta

línea que en su conciencia se ha trazado y será tanto más fuerte cuanto más cerca esté esta línea de la que la verdad secreta que vive en el fondo de toda cosa ha trazado también. Un acto de injusticia es casi siempre un reconocimiento de impotencia que se hace uno á sí mismo, y no hacen falta muchos reconocimientos de este género para revelar al enemigo el lado más vulnerable de un alma. Cometer una injusticia para obtener un poco de gloria ó para salvar la que ya se tiene, es reconocer que no es posible que se merezca lo que se desea ó lo que se posee; es confesar lealmente que no ha sabido uno desempeñar el papel que ha escogido. A pesar de todo, se quiere uno mantener en el papel y de ahí los errores, los fantasmas y las mentiras que entran en la vida. En fin, después de dos ó tres perfidias, de dos ó tres traiciones, de un cierto número de mentiras, de abandonos y de cobardías culpables, nuestro pasado no nos ofrece más que un espectáculo vergonzoso. Sin embargo, nosotros tenemos necesidad de que nuestro pasado nos sostenga. En él nos reconocemos realmente, y él es quien en nuestras dudas viene á decirnos: «Puesto que has hecho esto puedes hacer esto otro. En este peligro, en este momento de angustia tuviste fe en ti mismo, no desesperaste y venciste. Las circunstancias son idénticas; guardad intacta vuestra fe y la suerte os será fiel.» Pero ¿qué responderemos cuando nuestro pasado venga á hablarnos en voz

baja?; «Todo lo habéis logrado gracias á la injusticia, es necesario mentir, es necesario seguir engañando.» Ningún hombre gusta de contemplar la deslealtad, el abuso de confianza, las bajezas, las crueldades, y todo lo que podemos considerar con una mirada firme y clara en los días que ya pasaron, preña el horizonte que forman á lo lejos los días que aún existen. Y contemplando largamente nuestro pasado, adquirimos la fuerza indispensable para sondar lo porvenir.

XVIII

En este sentido no es porque las cosas sean justas, por lo que fué castigado Napoleón en sus tres grandes injusticias y por lo que nosotros seremos castigados en las nuestras de una manera menos retumbante, pero no menos dolorosa. No es porque haya «extendida por toda la bóveda celeste» una justicia irresistible, imposible de reducir; es porque el espíritu y el hombre, todo ser moral en una palabra, no puede vivir y moverse más que en la

justicia. En cuanto sale de su elemento natural es transportado, por decirlo así, á un planeta que no conoce donde el suelo desaparece, se escapa bajo sus pasos, donde todo se desconcierta; pero si la inteligencia más humilde dentro de los límites de la justicia puede predecir todas las consecuencias de un acto justo, la inteligencia más profunda y más perspicaz, está desorientada en la injusticia misma que ella ha creado y no es capaz de prever la décima parte de los resultados. Es suficiente que el genio intente separarse del sentimiento de equidad que vive en el corazón del campesino sencillo para que no sepa dónde se encuentra. ¿Qué será cuando él traspase los límites de su propia justicia? Pero la justicia que se forma en la prosecución de la inteligencia pone límites nuevos en torno de todo lo que ella descubre, al mismo tiempo que asegura los antiguos que el instinto había puesto y los hace infranqueables. Todo nos falta en la fé tan luego como trasgredimos la línea primitiva de la equidad; una mentira engendra cien mentiras, y una traición nos cuesta mil traiciones. En tanto que nosotros vivimos en la justicia marchamos con confianza, porque hay cosas que ni los más trapaceros pueden traicionar, más en el momento en que entramos en la injusticia debemos desconfiar de nuestros más leales servidores, porque hay cosas á las cuales ellos no pueden seguir fieles. Todo nuestro organismo moral está hecho para vivir en la justicia

como nuestro organismo físico está hecho para vivir en la atmósfera de nuestro globo. Todas nuestras facultades se relacionan con él más íntimamente que las leyes de la gravitación, del calor ó de la luz, y cuando se les ahoga en la injusticia, se les ahoga realmente en lo desconocido y en la hostilidad. Todo en nosotros está hecho en vista de la justicia; todo nos lleva, todo nos precipita al fondo de la injusticia, donde luchamos constantemente contra nuestras propias fuerzas, y cuando á la hora del castigo inevitable, las cosas, el cielo, el universo ó lo invisible rebelados, nos parecen justos, en fin, poniéndose en frente de nosotros que lloramos y que nos arrepentimos, no es porque ellos lo sean ni lo hayan sido jamás, es porque nosotros, á pesar de todo, permanecemos justos en la injusticia misma.

XIX

DIRECCIÓN GENERAL

Acostumbramos á decir que la naturaleza ignora completamente nuestra moral. Si nos manda asesinar

á nuestro prójimo y hacerle todo el mal posible, ella nos ayudará como ella nos ayuda á aliviarse y á hacerle la vida todo lo feliz que nos es dable. Parecerá frecuentemente recompensarnos de haberle hecho sufrir, y también parecerá recompensarnos de haberle salvado. ¿Quiéreme esto decir que la naturaleza no tenga nada de moral; dándole aquí á la palabra moral el sentido más estricto que puede tener, es decir, la subordinación lógica é inflexible de los medios, al cumplimiento de una misión general? He aquí una cuestión á la cual urge responder: ignoramos totalmente el fin de la naturaleza, si es que tiene alguno, ignoramos su conciencia, si es que la posee. Todo lo que podemos contrastar no es lo que ella piensa, ni si ella piensa; sino lo que ella hace y cómo ella lo hace. Y vemos que hay, entre nuestra moral y su manera de determinarse á obrar la misma contradicción que entre nuestro instinto, que nosotros de ella recibimos, y nuestra conciencia, que en último análisis también de ella proviene; pero que nosotros nos hemos formado á nosotros mismos y que nosotros oponemos, cada día más firmemente, su virtud de la más alta moral humana á los deseos de nuestro instinto. Si no escucháramos más que á éste, obraríamos en todo modo la naturaleza, que á través de las guerras más inexcusables, de las barbaries y de las injusticias más flagrantes, parece dar la razón á los más fuertes y no desear más que el triunfo de los menos es

crupulosos y de los mejor armados; perseguiríamos nuestro propio triunfo sin tener en cuenta los derechos, los sufrimientos, la inocencia, la belleza, la superioridad moral de nuestras víctimas. Pero entonces ¿por qué hay en nosotros una conciencia que nos defiende de ser injustos y un sentimiento de justicia que impide que sea exactamente lo que ella quiera? ¿Somos nosotros quienes lo hemos inventado? ¿Podemos sacar de nosotros mismos algo que no se encuentre en la naturaleza ó desenvolver anormalmente una fuerza que se oponga á su fuerza? Y si nosotros podemos ¿tiene razón la naturaleza para permitir que nosotros la poseamos? ¿Por qué residen en nosotros y en ninguna otra parte estas dos tendencias irreconciliables que jamás cesan de luchar en el hombre? La una ¿sería peligrosa sin la otra? La necesidad de vencer sin el sentimiento de la justicia, ¿hubiera engendrado el aniquilamiento del mismo modo que el sentimiento de la justicia, sin la necesidad de vencer hubiera podido engendrar la inmovilidad? ¿Pero cuál de estas dos tendencias es la más natural y la más necesaria, cuál la más estrecha y cuál la más vasta, cuál la previsoría y cuál la eterna? ¿Quién nos indicará la que es preciso combatir y la que es preciso fomentar? ¿Debemos conformarnos con una ley incontestablemente más general, ó afirmar en nuestro corazón una ley evidentemente excepcional? ¿Existen circunstancias en las que debemos

marchar al encuentro del ideal aparente de la vida? Nuestro deber ¿es seguir la moral de la especie ó de la raza que parece irresistible, y que es una de las porciones visibles, de las intenciones oscuras y desconocidas de la naturaleza, ó bien es indispensable que el individuo mantenga ó desenvuelva en sí una moral enteramente distinta de la especie ó de la raza á que pertenece?

XX

En suma, nos encontramos aquí bajo otra forma la cuestión científicamente insoluble, que es la base de la moral evolucionista. La moral evolucionista se funda en la justicia de la naturaleza, que impone á cada individuo las consecuencias buenas ó malas de su propia naturaleza ó de sus propias acciones. Y es necesario invocar lo que se ha llamado la diferencia ó la injusticia de la naturaleza, para justificar ciertos actos injustos en sí mismos, pero necesarios á la prosperidad de la especie. Hay dos fines desconocidos: el de la humanidad y el de la natu-

raleza que no parecen conciliables en nuestro espíritu y en el misterio en que hoy se encuentran. En el fondo, todas estas cuestiones no forman más que una, y es para nosotros la más grave de la moral contemporánea. Parece que en este momento la especie toma una conciencia acaso prematura y funesta, no sé si en sus derechos, pues el problema está aún en suspenso, sino de ciertos fenómenos amorales de la historia. Se diría que esta conciencia inquietante invade poco á poco nuestra vida individual. Tres veces en el curso de un mismo año hemos visto surgir y engrandecerse la cuestión ó propósito del despojo de España por América del Norte por más que esto no sea una cosa tan definitiva, puesto que desde hacía mucho tiempo España acumulaba graves faltas y crímenes, por lo que el problema cambia de naturaleza; á propósito de un inocente sacrificio á los intereses prepotentes de la patria; á propósito de la guerra inicua del Transvaal. Es verdad que el fenómeno no es absolutamente nuevo. El hombre ha intentado siempre justificar su injusticia, y cuando no encontraba ni pretexto ni excusa en la justicia humana, invocaba en la voluntad de los dioses una ley superior á su propia justicia. Pero hoy la excusa ó el pretexto amenaza más peligrosamente nuestra moral, puesto que se invoca una ley ó al menos una costumbre de la naturaleza, más real, más incontestable y más universal que la voluntad de un dios efímero.

¿Es la fuerza ó la justicia que debe triunfar, ó bien la fuerza contiene una justicia desconocida en la cual viene á perderse nuestra justicia humana, ó bien nuestro sentimiento de justicia que parece resistir á la fuerza ciega, no es en último término más que una emanación torcida de esta fuerza que persigue el mismo fin y que sutilmente se nos escapa? Sería necesario para responder no ser una parte del misterio que se trata de esclarecer; sería necesario contemplarlo desde lo alto de un otro mundo, conocer el fin del universo y los destinos de la humanidad. Si damos la razón á la naturaleza, engañamos á este instinto de naturaleza que ella ha puesto en nosotros, y que es por consiguiente la misma naturaleza, y si aprobamos este instinto no podemos hacerlo sino sacando este asenso del mismo objeto en cuestión.

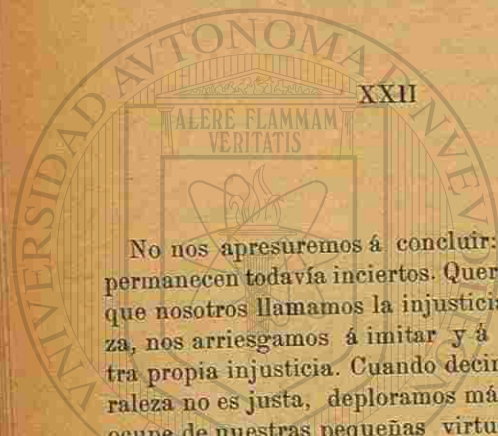
Esto es verdad, pero es verdad también que es una de las más vanas y viejas costumbres del hom-

bre, querer encerrar el mundo en un silogismo; es muy peligroso hacer lógica en lo desconocido y en lo incognoscible, y parece que aquí casi todas nuestras dudas provienen de silogismos aventurados. Somos, y nosotros lo decimos—en alta voz á veces, más frecuentemente en voz baja—los hijos de la naturaleza, debemos, pues, conformarnos con sus leyes é imitar su ejemplo en toda cosa. Según eso, la naturaleza no se inquieta ni poco ni mucho de la justicia; tiene otro objeto que es el mantenimiento, el renovamiento incesante y el acrecimiento de la vida por consecuencia. Todavía no formulamos la consecuencia, ó al menos ella no osa aún mostrarse abiertamente en nuestra moral, pero si hasta ahora no ha ejercido más que algún que otro estrago en la esfera familiar, que va de nuestros parientes á nuestros amigos y nuestro prójimo inmediato, poco á poco va penetrando en la inmensa región desolada, donde relegamos á nuestro prójimo desconocido, invisible y anónimo. Ella reside en el fondo de casi todos los actos, invade nuestra política, nuestra industria, nuestro comercio, casi todo lo que hacemos fuera del círculo estrecho del hogar doméstico, el único rincón donde vemos todavía un poco de justicia verdadera, un poco de bienandanza, un poco de amor, Ley social, leyes económicas, evolución, selección, lucha por la vida, concurrencia, ella toma mil nombres para hacer el mismo mal. Por tanto

nada es menos legítimo que esta consecuencia, pues sin tener necesidad de volver sobre el silogismo y de hacerle decir que debe haber una cierta justicia en la naturaleza, puesto que si nosotros somos sus hijos por este sólo hecho somos justos, tomándolo tal cual es, basta con hacer observar que nada es más misterioso ni más contestable que una al menos, de las dos premisas. En los capítulos precedentes hemos visto que la naturaleza no es justa con respecto á nosotros; pero ignoramos completamente si es ó no justa con relación á sí misma. El que no se preocupe de la moralidad de nuestras acciones no se sigue que no haya ninguna moral, ni que nuestra moral, sea la única posible. Afirmamos que á la naturaleza le importan poco las buenas ó las malas intenciones; pero no es posible concluir, de ahí, que esté despojada de toda moralidad y de toda equidad; eso sería tanto como afirmar implícitamente que no hay secretos ni misterios y que nosotros conocemos las leyes, el origen y el fin del universo. Ella no se mueve como nosotros: pero nosotros ignoramos por qué se mueve de otra manera y no tenemos el derecho de imitar las cosas infusas ó crueles que ella produce, puesto que no conocemos exactamente las razones, acaso profundas y saludables, por lo que ella las ha producido. ¿Adónde quiere llegar la naturaleza? ¿Hacia dónde se dirigen los mundos rodando por la eternidad?

¿Dónde comienza la conciencia? ¿No puede tener otra forma que en la que nosotros presenta? ¿A partir de qué punto las leyes físicas son leyes morales? ¿La vida es en sí inteligente? ¿Hemos penetrado todas las propiedades de la materia, y es en nuestro sistema cerebro espinal donde podemos únicamente encontrar el espíritu? En fin, ¿qué es la justicia vista desde otra altura? ¿El centro de su dominio es necesariamente la intención, y no existen dominios donde la intención no significa nada? Sería necesario responder á todas estas cuestiones y á muchas más antes de decidir, si la naturaleza es justa ó injusta con relación á lo que de su seno brota. Ella dispone de un porvenir y de un espacio de los que nosotros no tenemos ninguna idea, y en los cuales puede que haya una justicia proporcionada á su extensión, á su objeto, á su permanencia, á la manera que nuestro instinto de justicia es proporcionado á la duración y al círculo estrecho de nuestra vida. La naturaleza puede hacer durante siglos un mal que en otros tantos siglos podrá reparar; pero nosotros que sólo vivimos unos cuantos días, no tenemos autoridad suficiente para imitar lo que jamás podríamos comprender. Más allá de la hora presente faltan todos los elementos que nos permitirían juzgarla. Por ejemplo, sin ir á revolver inmensidades extrañas y teniéndonos por un punto imperceptible que es lo que en realidad somos en los mundos, nosotros ignoramos todo lo que concierne

á la posible vida de ultratumba, y olvidamos que en el estado presente de nuestros conocimientos, nada nos autoriza á afirmar que no haya una suerte de supervivencia más ó menos consciente, más ó menos responsable; sin que con esto se quiera decir que esta supervivencia esté sometida á las decisiones de una voluntad exterior. Muy temerario sería quien sostuviese que nada subsiste, sea en nosotros, sea en los demás de las adquisiciones del intelecto y de los esfuerzos de la buena voluntad. Puede asegurarse, y experiencias serias parecen, sino probar el fenómeno, considerarlo como una de tantas posibilidades científicas, puede asegurarse que una parte de nuestra personalidad ó de nuestra fuerza nerviosa, no se disuelve. ¿No tenemos, pues, ahí un porvenir vastísimo abierto á las leyes que unen las causas y el efecto, y que siempre acaban por crear la justicia cuando encuentran el alma humana en el infinito de los siglos? No perdamos de vista que la naturaleza puede ser injusta; pero que, sin embargo es lógica. Y la lógica, desde el momento que se pone en contacto con nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras pasiones, ¿puede diferenciarse de la justicia?



No nos apresuremos á concluir: muchos puntos permanecen todavía inciertos. Queriendo imitar esto que nosotros llamamos la injusticia de la naturaleza, nos arriesgamos á imitar y á favorecer nuestra propia injusticia. Cuando decimos que la naturaleza no es justa, deploramos más bien que no se ocupe de nuestras pequeñas virtudes, de nuestras pequeñas intenciones, de nuestros pequeños heroísmos, y esta injusticia hiere más nuestra vanidad que nuestro deseo de ser equos. Pero de que nuestra moral no sea proporcionada á la enormidad del universo y á sus destinos infinitos, no se sigue que debamos abandonarla, porque ella es proporcionada á nuestros restringidos destinos. Y aunque la injusticia de la naturaleza fuese incontestable, cabría examinar otra cuestión que queda íntegra, á saber; si está ordenado al hombre seguir á la naturaleza en su injusticia. Aquí escuchémonos nosotros á nosotros mismos, que valdrá más que escuchar una voz formidable, de la que no percibamos las pala-

bras que profiere. Nuestra razón y nuestro instinto nos dice que es legítimo seguir el consejo de la naturaleza; pero ellos dicen también que no es posible seguirlo cuando tan abiertamente choca con otro instinto igualmente profundo; el instinto de lo justo y de lo injusto. Y si los instintos se aproximan á la verdad, y deben ser respetados en proporción de su fuerza, éste es acaso el más poderoso, porque ha luchado sólo hasta hoy contra todos los demás sin conmoverse ni debilitarse. No ha llegado aún la hora de renegar de él. ¡Hombres! es preciso permanecer justos en la esfera humana aguardando otras certidumbres. No nos aventuremos en una suerte de abismo en que las razas y los pueblos encuentran sin duda la salida; pero donde el hombre en cuanto hombre no debe penetrar. La injusticia de la naturaleza acaba por convertirse en la justicia para la especie porque tiene tiempo de esperar. Pero á nosotros todo esto nos enoja y vivimos tan solo unos días. Dejemos la fuerza reinar en el universo y la equidad en nuestro corazón. Si la raza es irresistiblemente, y yo pienso que hasta justamente, injusta; si la muchedumbre parece tener derechos que no tiene el hombre aislado, y comete á veces graves crímenes irrevocables y saludables; el deber de cada individuo en la raza, el deber de cada hombre en la muchedumbre, es permanecer justo en el centro de la conciencia que él consigue reunir y mantener en sí mismo. No tenemos auto-

ridad para abandonar este deber sino cuando penetramos todas las razones de la gran injusticia aparente y las que se nos dan (la conservación de la especie, la reproducción y la selección de los más fuertes, de los más hábiles y de los «mejor adaptados»), no son suficientes á determinar un cambio tan horrible. Ciertamente que cada uno de nosotros debe intentar ser el más fuerte, el más hábil y adaptarse lo mejor posible á las necesidades de la vida, pero es lo cierto, que las cualidades que le hacen vencer manifiestan su poder moral y su inteligencia, y le hacen realmente feliz y el más hábil y el más fuerte y el mejor adaptado, ó sea el más humano; el más honrado y el más justo.

XXIII

«Todo está en mí» dice un dístico inscrito en las vigas y en el frontón de las chimeneas de una antigua morada patricia que visitan en Brujas los viajeros, casa situada en el ángulo de uno de esos muelles melancólicos, abandonados, silenciosos, y

sin embargo, rientes como en un cuadro. «Todo está en mí», todas las leyes morales, todos los misterios inteligentes. Es posible que haya más, dentro y fuera de nosotros; pero si hemos de ignorarlo siempre son como si no existiesen, y si un día sabemos que existen lo aprenderemos, porque, á pesar de nuestra ignorancia, ellos residían dentro de nosotros y nos pertenecían desde mucho tiempo antes. «Todo está en mí» y es posible que podamos añadir: «y nada tengo de temer de esto que está en mí» En todo caso, en nosotros se encuentra toda la región activa y habitada del gran misterio de la justicia. Las otras regiones son inconsistentes, probablemente imaginarias y de cierto desiertas y estériles. Sin duda, la humanidad ha encontrado ilusiones útiles aunque no fuesen siempre inofensivas; y si es aventurado sostener que todas las ilusiones deben ser destruídas, no lo es tanto asegurar que no hay desacuerdo manifiesto entre ellas y nuestra concepción del Universo. Hoy día buscamos en todas las cosas la ilusión de la verdad; ella no es acaso ni la última ni la mejor, ni la única posible; pero es la que por el momento nos parece más necesaria. Limitémonos á consignar el admirable amor de justicia y de verdad que residen en el corazón del hombre. Restringiendo así nuestra admiración á la región incontestada, puede que lleguemos á saber lo que es esta pasión, signo humano por excelencia, y sin duda alguna aprenderemos

y esto es lo importante, de qué manera es posible engrandecerla y purificarla. Viendo á la justicia funcionar sin descanso en el único templo donde ella realmente funciona, es decir, en nosotros mismos, viéndola mezclarse con todos nuestros pensamientos y con todas nuestras acciones, no nos importará descubrir lo que ilumina y lo que obscurece, lo que guía y lo que engaña, lo que nutre y lo que debilita, lo que ataca y lo que defiende.

XXIV

¿Es la justicia el instinto de defensa y de conservación de la humanidad? ¿Es el producto más puro de nuestra razón, ó bien se encuentran un gran número de estas fuerzas sentimentales que tienen frecuentemente razón contra la razón misma y que no son en el fondo más que una suerte de razón inconsciente y más vasta á la que la razón inconsciente presta casi siempre una aprobación admirable cuando ella llega á los lugares desde donde estos buenos sentimientos ven (desde

hace ya mucho tiempo), lo que ello no se ve todavía? ¿Depende ello de nuestro carácter ó de nuestra inteligencia? Cuestiones son éstas, no ociosas si se atiende á lo que conviene hacer para dar toda su fuerza á este amor de la justicia que es como el eje central del alma humana. Todos los hombres aman la justicia, pero no todos con el mismo amor salvaje y exclusivo. Todos no tienen los mismos escrúpulos, ni la misma sensibilidad, ni las mismas certidumbres. Encontraremos seres de una inteligencia muy desarrollada en que el sentimiento de lo justo ó de lo injusto es infinitamente menos delicado y menos seguro que en otros de una inteligencia aparentemente mediocre; y esta porción de nosotros mismos, mal conocida y mal definida, que se llama el carácter, tiene aquí enorme influencia. Pero es muy difícil evaluar lo que un carácter sencillo supone de inteligencia más ó menos inconsciente. Además de esto, importa ante todo saber, de qué manera es posible aumentar el amor de la justicia; y desde este punto de vista, una cosa es cierta, á saber; que nuestro carácter comienza por escapar á la acción directa de nuestra buena voluntad, en tanto que el desarrollo de nuestra inteligencia le está en gran parte sometido; llega uno á ser mejor llegando á ser más inteligente, y á todo hombre le es posible cultivar y extender su inteligencia. Haciéndolo pasar por nuestra inteligencia, mejoramos esta porción del amor

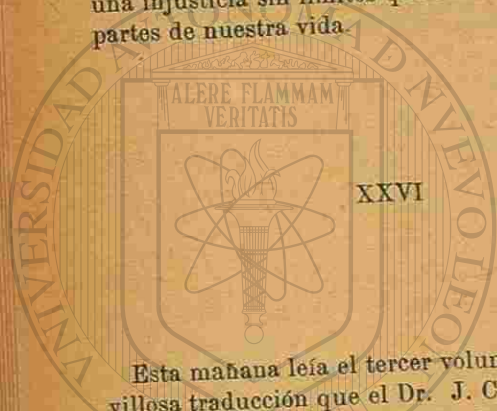
de la justicia que surge de nuestro carácter, pues á medida que la inteligencia se eleva y se esclarece, tiende á transformar nuestros sentimientos y nuestros instintos. Ahora bien: no debemos colocar ni interrogar á este amor en una suerte de Infinito sobrehumano y frecuentemente inhumano, porque no participará ni de la belleza que este infinito puede tener y será incoherente, é inactivo como él. En tanto que aprendiendo á encontrarlo y á escucharlo en nosotros mismos donde realmente él está, y viéndolo de qué manera se aprovecha de todas las adquisiciones de nuestro espíritu, de todas las alegrías y de todos los sufrimientos de nuestro corazón, sabremos lo que es necesario hacer para aumentarlo y depurarlo.

XXV

Nuestra tarea, así reducida, será suficientemente larga y laboriosa. ¿Sabemos cómo aumentar y depurar en nosotros la idea de la justicia? Nos vemos cerca del ideal á que debemos aproximarnos; pero vemos también que este ideal es todavía alterable

y engañoso. Ha disminuído en todo aquello de que nosotros no nos damos buena cuenta, en todo lo que miramos incompletamente, en aquello que interrogamos muy ligeramente. Y no es que esté amenazado de peligros desconocidos, ni que sea víctima de olvidos más extraordinarios ó de errores poco verosímiles. No es tampoco que nos debamos rodear de más temores, de más curiosidad piadosa y apasionado de más solicitud. Es que lo que nos parece irreprochablemente justo, hoy no es probablemente más que una pequeña porción de lo que nos parecerá justo si cambiamos de lugar. Basta comparar lo que hacíamos ayer con lo que hacemos hoy; y lo que hacemos hoy nos parecerá lleno de faltas contra la equidad si nos es dado elevarnos y compararlo á lo que haremos mañana. Un acontecimiento tiene lugar, un pensamiento se esclarece, una relación no sospechada se manifiesta, un deber se precisa y toda la organización de nuestra justicia interior prescribe y se transforma. Por poco que avancemos, nos sería imposible recomenzar á vivir en medio de muchas tristezas de las que nosotros hemos sido causa involuntaria entre ciertos decaimientos que hemos sembrado sin saberlo y que cuando nacen en torno de nosotros nos creemos seres injustos. Hoy estamos satisfechos de nuestra buena voluntad, de que nadie sufra por nuestra culpa, de no tener una sonrisa, de no interrumpir un murmurio de felicidad, de no atajar

un minuto de paz y de amor y puede que no percibamos á nuestra derecha y á nuestra izquierda, una injusticia sin límites que cubre las tres cuartas partes de nuestra vida.



Esta mañana leía el tercer volumen de la maravillosa traducción que el Dr. J. C. Mardrus acaba de hacer de las *Mil y una noches*, y veía en el curso de uno de los más bellos relatos de la sultana Schehrazada desenvolverse la vida más admirable, la más clara, la más espontánea, la más abundante, la más independiente, la más refinada, la más florecida, la más inteligente, la más llena de belleza, de dicha y de amor, y en cierto respecto la más próxima á la verdad más probable que la humanidad haya podido conocer. La civilización moral es aquí, desde muchos puntos de vista, tan perfecta como la civilización material. Ideas delicadísimas de justicia; preceptos de sabiduría penetrantes que nuestra sociedad más grosera y menos feliz no

encuentra ocasión de formular ó de descubrir, sostienen aquí y allá este incomparable edificio de felicidad como columnas de luz que sostuvieran la luz misma. Este palacio de beatitud, donde la vida moral es sana, graciosamente grave, noble y activa, donde la sabiduría más pura y más religiosa preside á todos los descansos de una humanidad afortunada, está, sin embargo, edificado sobre una injusticia tal y rodeado de una iniquidad tan vasta, profunda y pavorosa que el más desdichado de los hombres de hoy titubearía en franquear sus puertas para admirar el umbral deslumbrante de pedrerías. Más para cualquiera de los habitantes de la milagrosa mansión nada de esto es sospechoso, se diría que ellos jamás se aproximan á las ventanas, y que, cuando las abren por azar, si ven y deploran la miseria que les rodea, no se dan cuenta de una iniquidad incomparablemente más monstruosa y más protestable que la miseria—hablo de la esclavitud, y especialmente, y sobre todo, de la servidumbre de la mujer que, por alta que sea, y aun en el momento mismo en que ella habla á los hombres de verdad y de justicia y les abre los ojos sobre sus deberes más tiernos, más afectuosos, no ve el abismo en que se encuentra, convertida en un simple instrumento de placer que se vende, que se revende ó se da á no importa qué amo repugnante y bárbaro en un momento de embriaguez, de ostentación ó de reconocimiento.

un minuto de paz y de amor y puede que no percibamos á nuestra derecha y á nuestra izquierda, una injusticia sin límites que cubre las tres cuartas partes de nuestra vida.



Esta mañana leía el tercer volumen de la maravillosa traducción que el Dr. J. C. Mardrus acaba de hacer de las *Mil y una noches*, y veía en el curso de uno de los más bellos relatos de la sultana Schehrazada desenvolverse la vida más admirable, la más clara, la más espontánea, la más abundante, la más independiente, la más refinada, la más florecida, la más inteligente, la más llena de belleza, de dicha y de amor, y en cierto respecto la más próxima á la verdad más probable que la humanidad haya podido conocer. La civilización moral es aquí, desde muchos puntos de vista, tan perfecta como la civilización material. Ideas delicadísimas de justicia; preceptos de sabiduría penetrantes que nuestra sociedad más grosera y menos feliz no

encuentra ocasión de formular ó de descubrir, sostienen aquí y allá este incomparable edificio de felicidad como columnas de luz que sostuvieran la luz misma. Este palacio de beatitud, donde la vida moral es sana, graciosamente grave, noble y activa, donde la sabiduría más pura y más religiosa preside á todos los descansos de una humanidad afortunada, está, sin embargo, edificado sobre una injusticia tal y rodeado de una iniquidad tan vasta, profunda y pavorosa que el más desdichado de los hombres de hoy titubearía en franquear sus puertas para admirar el umbral deslumbrante de pedrerías. Más para cualquiera de los habitantes de la milagrosa mansión nada de esto es sospechoso, se diría que ellos jamás se aproximan á las ventanas, y que, cuando las abren por azar, si ven y deploran la miseria que les rodea, no se dan cuenta de una iniquidad incomparablemente más monstruosa y más protestable que la miseria—hablo de la esclavitud, y especialmente, y sobre todo, de la servidumbre de la mujer que, por alta que sea, y aun en el momento mismo en que ella habla á los hombres de verdad y de justicia y les abre los ojos sobre sus deberes más tiernos, más afectuosos, no ve el abismo en que se encuentra, convertida en un simple instrumento de placer que se vende, que se revende ó se da á no importa qué amo repugnante y bárbaro en un momento de embriaguez, de ostentación ó de reconocimiento.

«Se cuenta, dijo Nozhaton, la bella esclava que aculta tras una cortina de seda y de perlas, habla al príncipe Scharkan y á los sabios del reino; se cuenta también que el Kalifa Omar salió una vez á pasear de noche acompañado del venerable Aslam Abou-Zeid. Y él vió á lo lejos un fuego que llamaba y se aproximó creyendo su presencia útil, y vió á una pobre mujer que encendía unos leños bajo una marmita; y ella tenía á ambos lados dos niñitos enclenques que gemían lamentablemente. Y Omar dijo: «La paz sea contigo, mujer. ¿Qué haces aquí, sola, en esta noche de frío?» Y ella respondió: «Señor, estoy calentando un poco de agua para darla á beber á mis hijos, que mueren de hambre y de frío; pero un día llegará en que Alá ha de pedir cuentas al Kalifa Omar de la miseria porque atravesamos.» Y el Kalifa, que estaba disfrazado, conmovióse extraordinariamente, y le dijo: «Pero, ¿crees tú, ¡oh mujer!, que Omar conoce tu miseria?» Ella respondió: «Pero, ¿puede

ser que Omar sea Kalifa é ignore la miseria de su pueblo y de cada uno de sus súbditos?» Entonces el Kalifa dijo á Aslam Abou-Zeid: «Marchemos deprisa», y marcharon aceleradamente hacia la Intendencia de su palacio, y allí sacó un saco de harina de entre los sacos de harina y también una orza llena de grasa de carnero y él dijo á Abou-Zeid: «Ayúdame á cargarlo sobre la espalda, ¡oh Abou-Zeid!» Pero Abou-Zeid, dijo: «Dejádmelo llevar á mí, ¡oh Emir de los Creyentes!» El respondió con calma: «¿Serás tú acaso también, Abou-Zeid, quien lleve á la espalda el fardo de mis pecados en el día de la resurrección?» Y él obligó á Abou-Zeid á ponerle sobre la espalda el saco de harina y la olla de grasa de carnero. Y el Kalifa marchó ligero hacia donde estaba la pobre mujer y allí tomó harina y tomó grasa y la puso en la marmita, con sus propias manos preparó este comestivo, inclinandose él mismo sobre el fuego para, soplando, avivarle, y como tenía una barba patricia, el fuego de los leños se hacía camino por los intersticios. Cuando la comida estuvo presta, Omar la ofreció á la mujer y á los niños hasta que se hartaron. Entonces Omar les dejó el saco de harina y el puchero de grasa, diciendo á Abou-Zeid: «¡Oh, Abou-Zeid!, la luz de este fuego me ha esclarecido.»

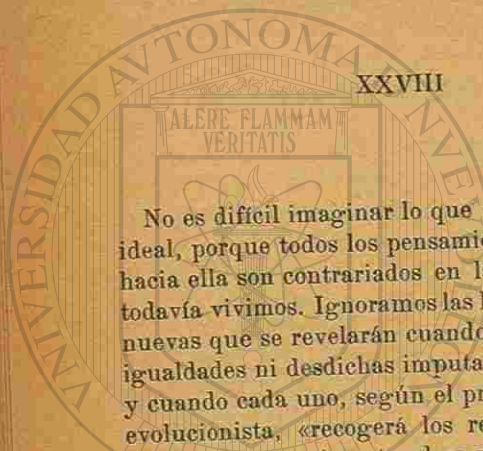
«Más, ¡oh, Rey!, dijo un poco más lejos á un Rey muy sabio una de las cinco adolescentes melancó-

licas que pretendía vender, sabed que la acción más bella es la más desinteresada.» Se cuenta, en efecto, que en Israel había dos hermanos. y el uno de estos hermanos dijo un día al otro: «Cuál es la acción más infame que has cometido en la vida.» Respondió: «Es esta: como yo pasase un día cerca de un gallinero, tendí el brazo y saqué una gallina, y, habiéndola estrangulado, la volví á tirar al gallinero; esta es la peor acción de toda mi vida. Y tú, ¡oh mi hermano!, ¿cuál es lo más grave que has hecho?» Respondió: «Haber rezado mi plegaria á Alá para pedirle un favor, porque la plegaria sólo es bella cuando el alma se eleva á las alturas sin consideraciones terrenas.»

Aprende á conocerte, respondió una de sus compañeras cautiva y esclava como ella. Aprende á conocerte, y entonces, sólo entonces, muévete, desenvuélvete según tus deseos, pero teniendo muy en cuenta el no molestar á tu vecino.»

Nuestra moral presente no podría añadir nada á esta última fórmula, y no he encontrado en ninguna parte precepto más completo. Todo lo más podría ensancharse el sentido de la palabra «vecino», elevar y hacer más sutil y más impresionable el de la palabra «molestar». Pero el libro donde se encuentran estas palabras es bajo todas estas flores y bajo toda esta sabiduría un monumento de horror, de sangre, de lágrimas, de despotismos y de servidumbre. Las que las pronuncian son esclavas; un

mercader las compró, yo no sé dónde, y las revende á una vieja mujer que les enseña ó les hace enseñar la poesía, la filosofía y todas las ciencias orientales, á fin de que sean un día presentes dignos de un rey. Y cuando acabaron su educación, y cuando la belleza y la sabiduría de las víctimas excitan la admiración de todos los que se les aproximan, la industriosa vieja las ofrece, en efecto, á un rey muy justo y muy sabio, y cuando el rey muy justo y muy sabio haya gozado del tesoro de su virginidad y desee otros amores, se les enviará probablemente (no recuerdo exactamente como termina la historia, pero es el destino invariable de todas las mujeres de estas maravillosas leyendas), á sus visires; los visires las cambiarán por un vaso de perfume ó por un collar de piedras preciosas, á menos que las envíen lejos á hacer las delicias de un protector poderoso ó de un rival temible. Y ellas, que interrogan su conciencia y leen en las de los demás; ellas, que meditan los más graves problemas de la justicia y de la moral de los hombres, no pueden dudar ni un solo instante de la abominable injusticia de que son víctimas. Y todos los que las escuchan, las aman, las admiran, y las comprenden, tampoco dudarán. Y á nosotros, que reflexionamos también sobre la justicia, la bondad, la piedad y el amor, nada nos indica que nuestro estado social no ofrecerá algún día á los que vengan después un espectáculo tan desconcertante,



No es difícil imaginar lo que sería la injusticia ideal, porque todos los pensamientos que se elevan hacia ella son contrariados en la injusticia en que todavía vivimos. Ignoramos las leyes, las relaciones nuevas que se revelarán cuando ya no haya desigualdades ni desdichas imputables á los hombres y cuando cada uno, según el principio de la moral evolucionista, «recogerá los resultados buenos ó malos de su propia naturaleza y de las consecuencias que derivan de ella». A la hora actual no sucede así, y puede decirse que para la totalidad de los hombres en el dominio material «la conexión entre la conducta y sus consecuencias», según la fórmula spenceriana, no existe más que de una manera ilusoria, arbitraria é infca. ¿No es, pues, temerario esperar que nuestros pensamientos sean justos cuando nuestros cuerpos se sumen completamente en la injusticia? Y no hay nadie que no esté templado para sufrir ó para gozar; nadie que no sea privilegiado ó frustrado. Podemos ensayar la emancipación de nuestro pensamiento de esta injusticia

inveterada, vestigio durable de la «moral sub-humana», necesaria á la especie primitiva. Mas es en vano creer que él tendría la misma fuerza, la misma independencia, la misma clarividencia, y que llegaría á los mismos resultados si esta injusticia no existiese. Es muy tímida é incierta siempre la parte del pensamiento humano que llega á ponerse por encima de la realidad. El pensamiento humano puede muchas cosas, y ha motivado á la larga grandes reformas en lo que parecía inmutable en la especie y en la raza. Pero en el momento en que él medita en una transformación que preve ó que espera, no puede sufrir el yugo, la manera de ser, de sentir, de lo que quisiera cambiar. El es casi todo entero, idéntico á lo que pretende transformar. El está hecho para explicar, juzgar y coordinar lo que en sí es; para ayudar, nutrir y dar á conocer lo que habiendo ya nacido permanece todavía invisible. Raras veces preve lo porvenir; raras veces produce nada saludable ni durable cuando se arriesga en lo que todavía no es. También lleva el castigo del estado social en que vivimos. Hay muchas justicias en torno nosotros para que podamos hacernos una idea satisfactoria de la injusticia, para que podamos pensar con la buena fe y la paz necesarias. Sería indispensable para estudiarlo y hablar con fruto, que fuese lo que podría ser, una potencia social, irreprochable y positiva. Mas debemos limitarnos á invocar sus efectos inconscien-

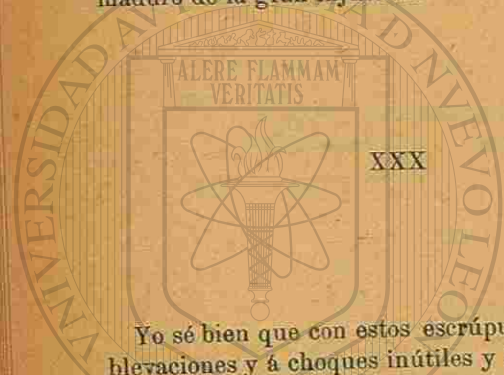
tes, secretos por decirlo así, insensibles. Nosotros contemplamos la justicia desde las riberas de la injusticia humana é ignoramos todavía el espectáculo de alta mar bajo la bóveda ilimitada é inviolable de una conciencia pura. Serfa preciso que los hombres hubieran hecho todo lo posible en su propio dominio para que tuvieran el derecho de ir más allá y de interrogar otra cosa, y sus pensamientos serían probablemente más claros si su conciencia estuviese más tranquila.

XXIX

Un gran reproche paraliza nuestro ardimiento cuando nos proponemos ser mejores, perdonar, amar y comprender. Consideramos bello purificar nuestra conciencia, ennoblecer nuestros pensamientos, hacer la vida más dulce y más ligera á los que nos rodean; todo esto tiene sin embargo muy poca importancia fuera de nosotros; ninguna dentro de nosotros mismos. Y en cuanto salimos de la morada de nuestra intimidad, observamos que no hemos

hecho nada, que no hay nada que hacer y que tomamos parte, á pesar nuestro, en la gran injusticia anónima. ¿No es, pues, irrisorio resolver dentro de sí los problemas de la conciencia más inquietantes y los más delicados, y arrojar con crueldad la sombra de un pensamiento amargo, de ser á toda hora del día noble, sencillo, fiel, leal, complaciente, moralmente intacto entre los cuatro muros de su habitación para olvidar en el instante mismo y sin que le sea posible no hacerlo, toda piedad, toda equidad y todo amor, en cuanto bajamos á la calle y nos encontramos con seres cuyos rostros no nos son familiares? ¿Cuál es la dignidad, la lealtad de esta doble vida sabia, humana, elevada, del lado de nuestro umbral y del otro indiferente, instintivo y despiadado? Basta que tengamos menos frío, que vayamos mejor vestidos y mejor nutridos que el obrero que pasa; que compremos, no importa qué objeto, que no nos es estrictamente indispensable: esto es en último análisis, después de mil circuitos, un retorno inconsciente al acto primitivo del más fuerte, despojando sin escrúpulo al más débil. Nosotros gozamos hace ya tiempo el resultado de un abuso del poder, del poder antiguo, de una violencia desconocida, de una astucia anterior que ponemos de nuevo en movimiento, sentándonos á nuestra mesa, paseándonos ociosamente por la ciudad, acostándonos á la noche en un lecho que nuestras manos no hicieron. ¿Y él deseo mismo

de ser mejor, más complaciente y más dulce y el de pensar más fraternalmente en la injusticia que sufren los otros, qué es, en suma, sino el fruto más maduro de la gran injusticia?



Yo sé bien que con estos escrúpulos se iría á sublevaciones y á choques inútiles y hasta funestos á la especie, en la que conviene respetar la poderosa y clemente lentitud. O bien retornaríamos á los renunciamientos inactivos y místicos hostiles á las voluntades más evidentes y más invariables de la vida. Hay leyes que se han llamado inevitables, pero que desde ahora se las llamará con menos seguridad. La situación del justo y del sabio ha cambiado. Marco Aurelio, el alma más noblemente sensible, más sabiamente impresionable, más puramente ansiosa, más inquieta de justicia que hubo nunca, no se pregunta por lo que pasa fuera del admirable círculo de luz donde su virtud, su conciencia, su piedad, su mansedumbre divina

envuelve á sus prójimos, á sus amigos y á sus servidores. Más allá de este círculo, él no lo ignora, comienza la iniquidad infinita. Ella es el océano necesario, misterioso y sagrado; la inmensa parte de los dioses, de la fatalidad y de las leyes superiores desconocidas irresponsables, irresistibles, inmutables. Ello no deprime su ánimo, al contrario, lo concentra y lo eleva como una llama que brillase sola en la noche entre un mundo de tinieblas. A él no le pertenece tocar al régimen del destino que quiere la servidumbre del mayor número. El se somete con tristeza, pero con confianza, á los decretos irrevocables en un acto de piedad y de virtud. El se encierra en sí mismo y viene á ser más humano y más justo en esa suerte de vida inmóvil y sin brillo, y de siglo en siglo los sabios y los buenos tendrán el mismo ardor concentrado y recluso. Más de una ley inmutable habrá cambiado de nombre, pero la iniquidad seguirá siendo parecida y ellos la mirarán con la misma melancolía resignada y confortante. Pero á nosotros, ¿qué nos toca hacer? Nosotros sabemos que no hay iniquidad necesaria. Hemos invadido el dominio de los dioses, del destino, de las leyes desconocidas. Puede que aún queden en la enfermedad, en el accidente y en la mayor parte de los misterios de la muerte; no hemos penetrado hasta allí, pero lo cierto es que no reside ni en la pobreza, ni en la miseria, sin esperanza, ni en el hambre y la ser-

vidumbre. Esto es lo que nosotros organizamos, lo que nosotros distribuimos. Estas son nuestras calamidades personales, y de día en día más raras, sin que ninguna potencia sobrehumana las presida como cree la buena fe del vulgo. No existe más que en nuestros recuerdos el océano religioso infranqueable que protegía y excusaba la retirada del pensador y del justo replegado sobre sí mismo. Hoy Marco Aurelio no diría con la misma serenidad: «Ellos buscan refugios en las cabañas rústicas, en las riberas de los mares, en las montañas. Tú también te entregas por costumbre á un vivo deseo de parecidos bienes. Aquello es, sin embargo, el hecho de un hombre ignorante é inhábil, puesto que puedes retirarte en ti mismo á la hora que quieras. En ninguna parte el hombre tiene retiro más tranquilo y menos turbado por los negocios que el que encuentra en su alma, particularmente si tiene en sí mismo cosas cuya contemplación sea suficiente para hacernos gozar el estado de calma perfecta, la cual no es otra, á mi ver, que una perfecta disposición de nuestro espíritu.» Hay algo más ahora que la disposición del espíritu y muchas cosas que no se encontraban en tiempo de Marco Aurelio—es decir, las tres cuartas partes de las desdichas de los hombres—y que de intangibles, de ininteligibles, de inmóviles, de fatales que eran, se han convertido en reales, en explicables, en apremiantes y en humanas.

XXXI

Esto no quiere decir que sea indispensable abandonar este deseo de buenas disposiciones. Nosotros no podemos ya admitir «la disposición de espíritu» que ellos encontraban en su egoísmo excusable; pero podemos esperar una suerte de disposición condicional y provisoria. Esta disposición no es la última palabra de la moral y nos es indispensable comenzar á ser tan justos como podamos con nuestros amigos, vecinos y servidores. A la hora en que nos damos cuenta de que somos justos con nosotros y con nuestra conciencia nos damos cuenta asimismo de lo injustos que somos con los demás.

Ignoramos todavía el medio de ser prácticamente más justos con estos últimos á menos de recurrir á los grandes renunciamentos heroicos que no pueden ser unánimes y que irían probablemente contra las leyes más profundas de la naturaleza que rechaza el renunciamento bajo todas sus formas, incluso la del amor maternal. Esta justicia práctica

es el secreto de la especie. La especie guarda secretos que revela uno á uno en los momentos verdaderamente peligrosos de la historia; y las soluciones que ella impone á las dificultades, son casi siempre inesperadas y de una extraña simplicidad. Es posible que llegue la hora en que ella hable de nuevo. Esperemos sin ofender nuestra esperanza; pero no debemos perder de vista que la humanidad está lejos de salir del periodo de «las generaciones sacrificadas». La historia no ha conocido otras y es posible que hasta el fin de los tiempos todas las generaciones se llamen sacrificadas. Nadie negará, sin embargo, que los sacrificios inútiles é injustos son cada vez menos inhumanos é ineluctables, que se hacen en virtud de las leyes mejor conocidas y que una razón elevada puede aceptarlos sin ser cruel.

XXXII

Es preciso conocer que las ideas de la especie caminan con una lentitud majestuosa é irreductible. Pasaron siglos antes de que los hombres primitivos

dejasen de atacarse cuando se encontraban á la entrada de las cavernas y reconociesen que tenían interés en unirse y defenderse en común contra los enormes enemigos de fuera. Las ideas de la especie son, por parte, muy distintas de las que podría tener el hombre más sabio.

Parecen independientes, espontáneas y se apoyan frecuentemente en datos de los que no se encuentra huella en la razón humana de la época en que ellas nacen.

XXXIII

Hace ya largo tiempo, y esta es una de las primeras afirmaciones de la ciencia en el momento en que sale de las entrañas de la tierra, de los glaciares y de las grutas y cesa de llamarse Geología y Paleontología para convertirse en historia del hombre, hace ya largo tiempo, repito, que la humanidad atravesó una crisis muy semejante con la que actualmente lucha, con la diferencia de que la de hoy parece mucho más trágica é insoluble. Puede afir-

marse que la especie humana no ha conocido hasta aquí una hora más crítica y más decisiva, un período en que haya estado más cerca de su ruina; y si vivimos hoy se debe al expediente inesperado que salvó a la raza en el instante en que el rayo nutrido por la razón misma del hombre y por todo lo que hay de mejor y de más irresistible en su instinto de lo justo y de lo injusto iba por fin á destruir el equilibrio heroico entre el deseo y la posibilidad de vivir. Quiero hablar de las violencias, de los raptos y de los asesinatos que surgieron entre los primeros grupos humanos. Sin duda fueron espantosos y amenazaron seriamente la existencia de la raza; pero la venganza es la forma terrible y, por decirlo así, epidémica que toma el deseo de justicia. Es evidente que abandonada á sí misma y multiplicándose á cada paso la venganza seguida de la venganza no hubiese tardado en devorar si no á la humanidad entera al menos en todo lo que había de enérgico y valeroso entre los primeros hombres. Pero en casi todos los pueblos bárbaros y también en la mayor parte de las tribus salvajes se ve en un momento dado—y es generalmente el momento en que las armas de la tribu se convierten en realmente mortíferas—se ve á la venganza detenerse bruscamente ante una costumbre singular que se ha llamado «el precio de la sangre» ó la «capitulación para el homicida» y que permite al culpable escapar á las represalias de los

amigos ó de los parientes de la víctima, pagando á éstos una indemnización arbitraria en los comienzos; pero muy poco estrictamente graduada. Examinando bien la historia heroica del primer movimiento de los pueblos niños nada más extraño que la ingeniosidad un poco mercantil y un poco paciente de este uso general. ¿Puede atribuirse á la previsión de los jefes?

Se la encuentra, sin embargo, donde no hay ninguna autoridad. ¿Es cosa de los viejos, de los pensadores ó de los sabios de los grupos primitivos? Esto no es probable. Hay allí un pensamiento que es al mismo tiempo mucho más bajo y mucho más alto que lo que podría ser el pensamiento de un genio aislado, de un profeta, de los períodos bárbaros. El sabio, el profeta, el genio, sobre todo el genio inculto, excede los pensamientos generosos y heroicos de clam y de la época á que él pertenece. Esta indecisión medrosa de una venganza natural y sagrada, este mercado odioso de la amistad, de la fidelidad y del amor, debían repugnarle. Y de otro lado ¿es verosímil que él pudiera elevarse para entrever más allá de los deberes inmediatos, los más nobles y los más incontestables, este interés superior de la tribu y de la raza, esta voluntad misteriosa de la vida que los más sabios entre los sabios de hoy no perciben de ordinario y no justifican sino después de una grave y dolorosa victoria sobre su razón solitaria y sobre su corazón? No, no

fué el pensamiento del hombre quien encontró esta solución; fué la inconsciencia de la masa obligada á defenderse contra pensamientos muy individualmente, muy puramente humanos, para que pudieran adaptarse á las irreductibles exigencias de la vida sobre la tierra. La especie es extraordinariamente dócil y extraordinariamente sufrida. Lleva desde hace largo tiempo el peso que la razón, el deseo de los mejores, la imaginación, las pasiones, los vicios y los sentimientos que son propios del hombre le imponen. Mas en el momento en que el peso se convierte ya realmente en funesto, se descarga de él con indiferencia. A ella no le da ningún cuidado por el medio; toma el más próximo y el más sencillo estando como está en la seguridad de que su idea es la más justa y la mejor. No tiene más que una idea: vivir, y esta idea se sobrepone, en suma, á todos los heroísmos y á todos los ensueños que encerraba el peso que ella arroja. Reconocámoslo; en la historia de la razón humana no son siempre los pensamientos que se elevan más alto los más justos y los más grandes. Con los pensamientos del hombre pasa como con un chorro de agua que no se eleva á lo alto sino cuando ha estado encerrado y cuando escapa por un orificio muy estrecho. Al verla salir, cualquiera imaginaría que el agua que se lanza hacia el cielo desprecia el gran lago inmóvil que se extiende bajo ella. Por tanto es el lago quien tiene razón; él cumple tran-

quilamente en su inmovilidad aparente y en su silencio pasivo la obra inmensa y normal del más importante elemento de nuestro globo, y la salida del agua no es más que un incidente curioso que recae bien pronto en la obra universal. Para nosotros, la especie es el gran lago que tiene siempre razón, aun desde el punto de vista de la razón humana superior, que ella parece á veces ultrajar. Tiene también la idea más vasta en lo que se contienen todas las demás y que abarca el tiempo y el espacio ilimitados. ¿Y no vemos que la idea más vasta es de día en día en cualquier dominio la más razonable, la más sabia, la más justa y la mas bella también?

XXXIV

Es cosa de preguntar si no valdría más que los destinos de la humanidad fuesen dirigidos por hombres superiores, por los más sabios, y no por el instinto de la especie lento y frecuentemente cruel. Yo no creo que se pueda responder á la cuestión

de la misma manera que ha sido en otro tiempo contestado. Ciertamente que sería muy peligroso confiar los destinos de la especie á Platón, á Aristóteles, á Marco Aurelio, á Shakespeare, á Montaigne. En los peores momentos de la revolución francesa la suerte de un pueblo estaba en manos de bastantes buenos filósofos, más ciertamente que hoy los hábitos del pensador se han modificado profundamente. Ya no es especulativo, utopista ó exclusivamente sustantivo. En política, como en literatura, como en filosofía, como en todas las ciencias, el observador va venciendo al imaginativo. El inquiere, investiga, estudia sin intentar crear lo que no ha existido todavía y lo que jamás existirá. Puede, pues, hablar de lo que conoce directamente; lo otro no le importa. Limitándose á hablar circunspectamente de sus verdades limitadas sería cada día menos exclusivo, y estando de acuerdo con el genio de la especie que él trata de observar, su influencia ganará poco á poco de tal suerte que, en último análisis, será la especie quien tendrá razón y quien decidirá, puesto que ella guía al que le observa, y que siguiendo al que ella guía no hará más que seguir sus propias voluntades inconscientes é informes y ahora esclarecidas y expresadas.

XXXV

Entretanto que la especie encuentra el nuevo expediente necesario (y ella lo encontrará sin obstáculos cuando el peligro sea más grave, y aun es posible que ya lo haya encontrado y que él transforme á la hora presente una parte de nuestros destinos, sin que nosotros sospechemos su existencia) entre tanto, repito, séanos permitido, como á los antiguos sabios, entrar en nosotros mismos. Es posible que encontremos en torno nuestro cosas cuya contemplación basta para hacernos gozar al instante, si no de una calma perfecta, al menos de una esperanza indestructible. Si la naturaleza no nos parece justa, si nada nos permite afirmar que un poder superior ó la inteligencia del universo recompensa ó castiga aquí abajo ó en un más allá, según las leyes de nuestra conciencia ó según otras leyes que admitiremos algún día; si, en fin, de hombre á hombre, es decir, en nuestras relaciones con los semejantes, hay un admirable deseo de equidad, pero una justicia efectiva, siempre incom-

pleta, sujeta á todos los errores de la razón, á todas las miserias del interés personal y sometida á todas las malas costumbres de un estado social todavía «sub-humano», es sin embargo cierto que en el fondo de la vida moral de cada uno de nosotros se encuentra una imagen de esta justicia invisible é incorruptible, de esta justicia que hemos buscado vanamente en el cielo, en el universo y en la humanidad. Muévase esta justicia en un círculo que escapa á las miradas de los demás hombres, y, frecuentemente, á nuestra propia conciencia; más por estar oculta é intangible lo que hace no es menos profundamente humano ni menos profundamente real. Parece como si escuchase y examinase todo lo que nosotros decimos, todo lo que nosotros intentamos en la vida de fuera; y si en el fondo de todo esto hay un poco de buena voluntad y sinceridad, ella la transforma en fuerzas morales que ensanchan y esclarecen nuestra vida interior y nos ayudan á pensar, á decir y á intentar mejor todavía en lo porvenir. Ello no aumenta ni disminuye nuestras riquezas, no detiene ni la enfermedad ni la locura, no prolonga la vida de un ser á quien adoramos; pero si hemos aprendido á reflexionar y á amar en otros términos, si hemos cumplido con nuestro deber según el espíritu al mismo tiempo que con nuestro deber según el corazón, ella manifiesta en el fondo de nuestro espíritu y de nuestro corazón una inteligencia, una satisfacción, acaso

desencantado; pero noble é inexpugnable; una dignidad de existencia suficiente á nutrir nuestra vida después que las riquezas han sido perdidas, después que la locura ó la enfermedad nos han atacado, después de que el ser á quien adorábamos nos abandonó para siempre. Un buen pensamiento, una buena acción, son para nuestro corazón la recompensa que la ausencia de un juicio universal de la naturaleza no le permite esparcir en torno de nosotros sobre todas las cosas. La dicha que le es imposible producir fuera se esfuerza en producirlo dentro de nosotros mismos. Ella llena el alma y prepara el espacio necesario á una inteligencia, á una paz y á un amor que quiere engrandecer. No puede nada sobre las leyes de la naturaleza; lo puede todo sobre los que presiden el equilibrio de una conciencia humana; y esto es verdad en todos los grados del pensamiento y en todos los grados de la acción. El obrero que vive honestamente su humilde vida de padre de familia y cumpliendo con su deber, y el hombre que persevera en el heroísmo moral, están acaso muy distanciados, pero se agitan y viven bajo el mismo plan y en la misma región leal y consoladora. Lo que decimos ó lo que hacemos, influye mucho en nuestra dicha material, pues en último análisis por los órganos espirituales, goza el hombre durable y completamente de la misma dicha material. He aquí por qué lo que pensamos tiene mucha más importancia

todavía. Más lo que importa sobre todo desde el punto de vista de la acogida que hagamos á las penas de la vida, es el carácter, el estado de espíritu, la costumbre moral que había creado en nosotros lo que nosotros hemos dicho, hecho y pensado. Aquí se manifiesta una justicia incontestable y hay un acuerdo tanto más necesario y tanto más perfecto entre la buena voluntad habitual del espíritu y del corazón y la dicha íntima de nuestro ser moral, cuanto que esta dicha no es otra cosa que la faz del buen pensamiento y del buen sentimiento que irradia hacia dentro de nosotros mismos. Encuéntrase aquí realmente entre la causa y el efecto ese lazo inteligente y moral que habíamos inútilmente buscado en el mundo exterior, y hay en las cosas morales y reinando sobre el bien y sobre el mal que se agitan en el fondo de nuestra conciencia una justicia exactamente semejante á la que nosotros deseáramos para las cosas físicas. ¿Por qué hemos de dudar de que esta justicia que vive y reina en nuestro corazón exista en el Universo?

XXXVI

Hemos hablado largamente de la justicia, ¿pero no es ella el gran misterio moral del hombre y no tiende á sustituir la mayor parte de los misterios espirituales que dominan su destino? Ella ha sustituido á más de un dios y á más de un poder anónimo. Ella es la estrella que se forma en la nebulosa de nuestros instintos y de nuestra vida incomprendible. Ella no es la palabra del enigma, y cuando nosotros sepamos lo que ella es y cuando verdaderamente reine sobre la tierra, no sabremos ni por qué somos, ni de dónde venimos, ni adónde vamos; pero entiéndase que ella es el primer orden del enigma, y que obedeciéndole podemos marchar en busca de este secreto con el espíritu más libre y con el corazón más tranquilo. En fin, ella cobija á todas las virtudes humanas, y su sonrisa las purifica y ennoblece y les da el derecho de penetrar en nuestra vida moral, pues toda virtud que no puede sostener la mirada clara y fija de la justicia, está llena de astucias, es peligrosa. Se encuentra tam-

bién á la justicia en el centro de todo ideal, en medio del amor de la verdad y del amor de la belleza, y ella es bondad, piedad, generosidad y egoismo. Los actos de justicia son los que elevan al hombre á las alturas desde donde no ve lo justo y lo injusto en el círculo estrecho de las obligaciones que el azar le impone, sino más allá de los años y de los destinos, más allá de lo que debe y de lo que ama, más allá de lo que busca y de lo que encuentra, más allá de lo que aprueba ó de lo que desaprueba, más allá de lo que espera y de lo que teme, más allá en fin, de los crímenes y de las injusticias de los hombres sus hermanos.



EL TEMPLO DEL AZAR

He sacrificado—y sacrificio cruel es, renunciar á la contemplación de las incomparables estrellas y de la blanca luna en las noches mediterráneas, he sacrificado, digo, algunas, de mi estancia en el país del sol, á interrogar en el más suntuoso, en el más activo y exclusivista de sus templos, al dios más obscuro de la tierra. Este templo es Monte Carlo, desparramado sobre una roca que esclarece la luz de la mar y del cielo; rodeado de jardines encantados, donde triunfan en enero las flores perfumadas de la primavera, del estío y del otoño, y en cuyos árboles—el adorable limonero y la palmera real—cantan los pájaros. Preciso es reconocer, sin embargo que el edificio es indigno de la admirable situación en que está colocado, de las colinas deliciosas, del golfo azul y esmeralda, de las arboledas sonrientes que le rodean; indigno del Dios que abriga

bién á la justicia en el centro de todo ideal, en medio del amor de la verdad y del amor de la belleza, y ella es bondad, piedad, generosidad y egoísmo. Los actos de justicia son los que elevan al hombre á las alturas desde donde no ve lo justo y lo injusto en el círculo estrecho de las obligaciones que el azar le impone, sino más allá de los años y de los destinos, más allá de lo que debe y de lo que ama, más allá de lo que busca y de lo que encuentra, más allá de lo que aprueba ó de lo que desaprueba, más allá de lo que espera y de lo que teme, más allá en fin, de los crímenes y de las injusticias de los hombres sus hermanos.



EL TEMPLO DEL AZAR

He sacrificado—y sacrificio cruel es, renunciar á la contemplación de las incomparables estrellas y de la blanca luna en las noches mediterráneas, he sacrificado, digo, algunas, de mi estancia en el país del sol, á interrogar en el más suntuoso, en el más activo y exclusivista de sus templos, al dios más obscuro de la tierra. Este templo es Monte Carlo, desparramado sobre una roca que esclarece la luz de la mar y del cielo; rodeado de jardines encantados, donde triunfan en enero las flores perfumadas de la primavera, del estío y del otoño, y en cuyos árboles—el adorable limonero y la palmera real—cantan los pájaros. Preciso es reconocer, sin embargo que el edificio es indigno de la admirable situación en que está colocado, de las colinas deliciosas, del golfo azul y esmeralda, de las arboledas sonrientes que le rodean; indigno del Dios que abriga

y de la idea que representa. Tiene el empaque enfático y revela la baja y obsequiosa insolencia de un *grupié* enriquecido. Edificio de gran solidez y vastedad, tiene, no obstante, ese aire mezquino y provisional de los monumentos, pretenciosamente lamentables de nuestras exposiciones universales. Se ha alojado al padre augusto del destino en una especie de ramillete confitado y exornado con torrecitas de azúcar. Acaso se haya construido una mansión ridícula para no espantar á la gente, para hacer creer que el más frívolo, el más inofensivamente caprichoso, el menos serio de los dioses, protege á sus fieles desde un trono de azúcar cande. A pesar de lo que, reina allí una divinidad misteriosa; una fuerza soberana y sabia, segura y armónica. Divinidad que necesita un palacio de mármol, desnudo y severo, sencillo y colosal, alto y largo, glacial y religioso, geométrico é inflexible, afirmativo y aplastante.

Lo de dentro responde á lo de fuera. Las salas son espaciosas, pero banalmente magníficas. Los árbitros de la suerte, los *grupiés* aburridos, é indiferentes, tienen el aire de horteras endomingados. No son los sacerdotes, sino los empleados del azar. Los ritos y los objetos del culto son vulgares y familiares: algunas tablitas, una especie de cubeta, un cilindro que lleva al centro de cada tabla la minúscula bolita que rueda en sentido inverso á la cubeta, y por fin algunas barajas. Nada evocador

del inconmensurable poder que tienen los astros suspendidos en el espacio.

En torno de esto se reúnen los fieles. Cada fiel lleva una fe, muchas esperanzas, tragedias y comedias diversas é invisibles. He aquí, pienso yo, el lugar del mundo donde se acumulan y dispersan en mayor grado, para obtener siempre pérdida, fuerzas nerviosas, pasiones humanas. He aquí el lugar nefasto donde la substancia por excelencia, la substancia divina que todo ser lleva en sí, y con la que se operan fecundos milagros, prodigios de belleza y de amor, he aquí el lugar funesto donde la flor espiritual, el flúido más preciado del planeta se hunde irremediabilmente en la nada. Nadie imaginara despilfarro tan criminal. Esta fuerza, que no se sabe de dónde procede, que no encuentra puerta ni ventana por donde salir, ni objeto en que emplearse, viene á flotar sobre el tapete verde como una sombra mortal y crea una atmósfera particular, una especie de silencio que es como la fiebre del silencio verdadero.

En medio de este silencio malsano la voz de la Fatalidad formula su frase consagrada: «¡Hagan juego, señores, hagan juego!». Es decir, sacrifiquen al Dios lo necesario para que se manifieste. Entonces sale de entre la gente una mano iluminada por la certidumbre, que posa sobre cifras indubitables el fruto de un año de trabajo. Otros adoradores, más circunspectos, menos confiados, mezclando á

la suerte ilusorias probabilidades, arrojan sobre el tapete sus piezas de oro sabias y complejas. Otros, en fin, entregan á la ventura, á los caprichos del número, una porción considerable de su felicidad y de su vida. Se oye la segunda fórmula: «¡No va más!» es decir, el Dios va á hablar. En este momento un ojo que percibiera á través del misterioso velo del azar, algo inefable esparce sobre el tapete (si no actualmente al menos en potencia, pues un golpe aislado es raro, y quien juega hoy lo superfluo, jugará mañana todo lo que posee) un campo de trigo que madurece al sol á mil leguas de aquel lugar; en otros casos un prado, un bosque, un castillo que la luna baña en las noches del invierno, una botica que hay bajo unos soportales allá en una ciudad vieja, el lecho de una prostituta, un tropel de campesinos trabajando bajo la lluvia, obreros levantándose al alba, mineros en la mina, marineros en el navío, las alhajas de la disoluta, del amor ó de la gloria, de la alegría ó de la miseria, de la injusticia ó de la crueldad, de la avaricia ó del crimen, de las privaciones ó de los sollozos. Todo esto reposa aquí, tranquilamente convertido en monedas de oro ó billetes de banco. Papeles y monedas que fijan los desastres de una existencia entera que van á repercutir allá lejos en el mundo real, en las calles, en las llanuras, en los árboles, en la sangre, en el corazón; que van á demoler las mansiones familiares donde murieron los padres, á dar otro due-

ño á una aldea, á cerrar una oficina, á privar de pan á los niños de todo un barrio, á detener las obras de una casa, á arrumbar en un dique un barco, á quebrar ó detener una vida á anular esa cadena interrumpida de efectos y causas, á anular al infinito en el tiempo y en el espacio. Ninguna de estas verdades murmura indiscreta. Hay aquí más Eumenides durmiendo que en las gradas del palacio de los Atridas; más sus sueños y sus gritos de dolor se disimulan en el fondo de los corazones. Ninguna traición, ningún presagio. Ni una palabra, ni un gesto insólito. Las manos torturan un lápiz. Los ojos como si quisieran salir de las órbitas. Es una atención inmóvil. Es el lugar de los dramas sin voz, de los combates callados, de las desesperaciones sordas, de las tragedias silenciosas, de los destinos mudos, que se destruyen en una atmósfera de mentiras que absorbe todos los ruidos.

Durante este espacio de tiempo la bolita vuelve al cilindro y sueña con lo que destruye la potencia formidable que le confiere un detestable pacto. Cada vez que parte en busca de la misteriosa respuesta, aniquila indiferente todos los supremos y esenciales restos de nuestra moral social, quiero decir, del dinero. Destruir el valor del dinero para sustituirlo por un ideal más alto sería labor excelente; más destruirlo para suministrar como sustitución pura y simplemente la nada, es uno de los atentados más graves que pueden cometerse contra

nuestra evolución actual. Desde cierto punto de vista y purificado de sus vicios accidentales, el dinero es ante todo un respetable símbolo, uno de los últimos que poseemos; aquí cotidiana y públicamente mofado y dispendiado. Súbitamente y á título caprichoso, diez años de labor, de sabiduría, de deberes pacientemente soportados, pierden toda su importancia. Han hecho bien en aislar este fenómeno monstruoso, sobre una roca única, pues no hay organismo social capaz de resistir su deletéreo influjo. Aun en su aislamiento deapestado, su influencia devastadora salva distancias no previstas. Se siente esta influencia necesaria maléfica y profunda de tal manera al salir de este palacio maldito donde el oro tintinea incesantemente, que la conciencia humana no se explica la vida normal continúa de esos obreros, resignados á su desdichada suerte por un salario irrisorio, ó de esas muchachitas envejecidas que, entre los jugadores enriquecidos ó arruinados, se obstinan en vivir pensadamente, ofreciendo á los que pasan naranjas, nueces y cajas de cerillas de diez céntimos.

Mientras reflexionamos de este modo la bolita modera su curso circular y salta como un sapito charlatán sobre las treinta y siete casillas que la solicitan. Es la sentencia irrevocable, ¡Extraña debilidad de nuestros ojos, de nuestro cerebro! ¡Extraños secretos de las leyes de nuestro globo! Del sitio donde la bolita se pone en movimiento al sitio

donde cae, al hueco fatídico, bajo una forma pueril y chocarrera, el misterio del universo inflinge á la potencia, á la razón humana, una incesante derrota. Reunido alrededor de esta mesa todos los sabios, todos los adivinos, todos los videntes, todos los iluminados, todos los profetas, todos los santos, todos los taumaturgos, todos los matemáticos, todos los genios de todos los tiempos y de todos los países; pedíles que busquen en su razón, en su alma, en su ciencia y en sus cielos el número próximo, el número en que la bolita se detendrá; pedíles que invoquen á sus dioses omniscientes, á sus pensamientos que gobiernan pueblos y se enorgullecen de penetrar mundos, y todos sus esfuerzos quedarán hechos polvo contra este enigma, con el que podría jugar un niño. Y toda la fuerza, toda la certidumbre de la «banca», que es imposible, obstinada, inmóvil y siempre victoriosa aliada de la sabiduría rítmica y total del azar, reposa únicamente en la impotencia que tiene el hombre para prever lo que pasará ante sus ojos dentro de unos segundos. Desde hace cosa de medio siglo, sobre esta roca florecida se desconciertan los cerebros ante estas formidables experiencias, sin que nadie hasta hoy haya descifrado el misterio que envuelve el porvenir de la bolita. Si alguien, un ser anormal, se presentase después de haberlo adivinado, saltaría la banca y con ella todo un mundo de misterio. Mas á pesar de todo su orgullo y de todas sus esperan-

zas, el hombre ante el tapete, sólo sabe que no sabe nada.

A la verdad, el azar, tal como los jugadores lo entienden, es un dios que no existe. Adoran una mentira que cada uno de ellos se representa bajo forma distinta, con sus leyes, costumbres y preferencias peculiares é imaginarias. Según unos, favorece á ciertas cifras. Según unos obedece á ciertos ritmos. Según unos hay una especie de justicia que acaba por dar un valor igual á cada grupo de probabilidades. Según otros, en fin, es imposible que favorezca indefinidamente á la banca. No acabaríamos de recorrer todo el *Corpus Juris* ilusorio de la ruleta. Verdad es que en la práctica, la repetición indefinida de los mismos accidentes limitados, forma forzosamente grupos de coincidencias, donde el jugador cree entrever los fantasmas de las leyes. Más es verdad también, que al intentar probar esto, la seguridad se desvanece y queda uno frente á lo desconocido. Por otra parte la mayoría de los jugadores llevan ante el tapete verde no pocas ilusiones, conscientes ó instintivas, infinitamente menos justificables. Casi todos están persuadidos de que el azar les reserva favores ó desgracias especiales ó premeditadas. Casi todos imaginan, entre la bolita y su presencia, sus pasiones, sus deseos, sus vicios, sus virtudes, sus méritos, su poder espiritual ó moral, su belleza, su genio, el enigma de su ser su porvenir, su dicha y su vida, yo no sé qué

relación innominada, pero plausible. Esta esferita, de la que ellos imploran la sentencia y sobre la que esperan ejercer una influencia oculta, esta bolita incorruptible tiene algo mejor que hacer que ocuparse de sus tristezas y de sus alegrías. Tan sólo vive treinta ó cuarenta segundos, durante los que obedece á leyes eternas, resuelve problemas infinitos, cumple deberes esenciales de los que jamás tendrá conciencia la comprensión del hombre y aparte de estas cosas enormes y difíciles, concilia en su curso breve, esos dos poderes incognoscibles é inconmensurables que son probablemente el alma biforme del universo: la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta. Y para ello tiene en cuenta todas las leyes de la gravitación, del frotamiento, de la resistencia del aire, de los fenómenos de la materia; de los menores incidentes de la tierra y del cielo, pues un jugador que se traslada conmoviendo el entarimado de la sala, una estrella que alumbra en el firmamento le obligan á modificar y á recomenzar todas sus operaciones matemáticas. Ella no ha tenido el deseo de actuar de diosa de la fortuna ó de la crueldad entre los hombres: es que está prohibido quebrantar una sola de las formalidades que el infinito exige á todo lo que á su alrededor gira. Y cuando llega á su sitio ha hecho el mismo trabajo incalculable que la luna ó cualquiera de los astros indiferentes y glaciales que allá arriba, fuera de nosotros, en el azul trans-

parente, ascienden majestuosamente sobre el Mediterráneo de plata y de zafiro... Esto es lo que llamamos azar no pudiendo darle otro nombre.

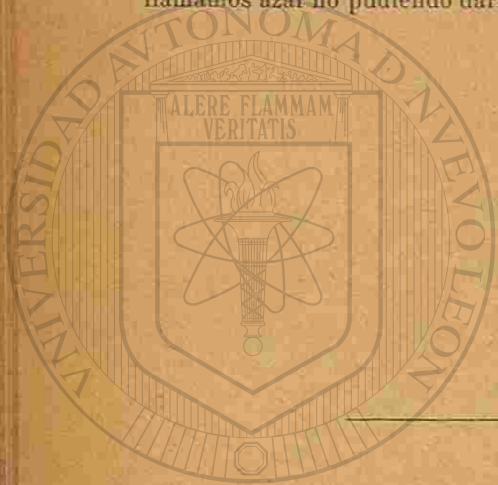


LAS RAMAS DE OLIVO

Olvidemos que vivimos en días fecundos y decisivos. Es probable que nuestros descendientes nos envidiarán el alba que atravesamos, como nosotros envidiamos á los que tomaron parte en el siglo de Pericles, en los tiempos más bellos de la gloria romana, y en ciertas horas del Renacimiento italiano. Luminosa en lo porvenir, la magnífica polvareda que envuelve los grandes movimientos de los hombres, ciega á quien la respira, ocultándole la dirección del camino, sobre todo el pensamiento, la necesidad, ó el instinto que los conduce.

Importa fijarse en esto. El tejido de la vida cotidiana ha sido sobre poco más ó menos idéntico en todos los siglos en que el hombre ha llegado á cierta facilidad de existencia. Este tejido, cuya superficie está ocupada por los bienes y los males persiste sensiblemente igual iluminándose ó ensombreciéndose por transparencia según la idea dominante de la generación que lo desenvuelve y

parente, ascienden majestuosamente sobre el Mediterráneo de plata y de zafiro... Esto es lo que llamamos azar no pudiendo darle otro nombre.



LAS RAMAS DE OLIVO

Olvidemos que vivimos en días fecundos y decisivos. Es probable que nuestros descendientes nos envidiarán el alba que atravesamos, como nosotros envidiamos á los que tomaron parte en el siglo de Pericles, en los tiempos más bellos de la gloria romana, y en ciertas horas del Renacimiento italiano. Luminosa en lo porvenir, la magnífica polvareda que envuelve los grandes movimientos de los hombres, ciega á quien la respira, ocultándole la dirección del camino, sobre todo el pensamiento, la necesidad, ó el instinto que los conduce.

Importa fijarse en esto. El tejido de la vida cotidiana ha sido sobre poco más ó menos idéntico en todos los siglos en que el hombre ha llegado á cierta facilidad de existencia. Este tejido, cuya superficie está ocupada por los bienes y los males persiste sensiblemente igual iluminándose ó ensombreciéndose por transparencia según la idea dominante de la generación que lo desenvuelve y

cualquiera que sea su forma, esta idea se reduce siempre en último análisis á una cierta concepción del Universo. Las calamidades ó las prosperidades individuales ó públicas no tienen más que una influencia pasajera en la dicha ó en la desgracia de los hombres y no modifican ni sus dioses, ni lo infinito, ni lo desconocido, ni de la economía del mundo las ideas generales que los nutren. Por eso vemos á pueblos que sufrieron grandes reveses, legarnos testimonios innumerables de belleza y de alegría, en tanto que pueblos naturalmente ricos y frecuentemente victoriosos sólo dejaron monumentos de una vida sombría y terrorífica. (1)

* * *

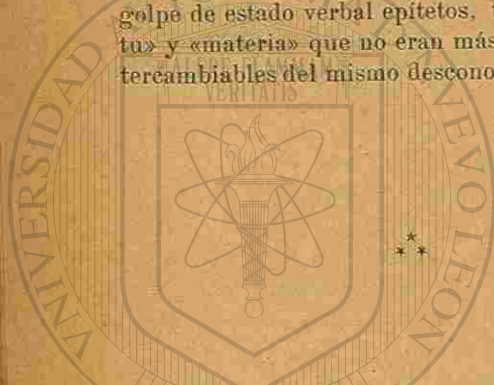
Salimos (para no bablar más que de los tres ó cuatro últimos siglos de la civilización actual) del

(1) De ahí el error en que muchos historiadores, singularmente los que se dedican en España á forjar textos para la enseñanza, incurren al deducir de las guerras y de los motines consecuencias aplicables á la vida de las generaciones en que tuvieron lugar. En todas partes, España excluida, á la historia externa no se le da importancia alguna. (N. del T.)

gran período religioso. Durante este período, á pesar de las esperanzas de ultratumba la vida humana se destaca sobre un fondo sombrío y amenazador. Es verdad que retrocediendo cada día este fondo dejaba los mil telones móviles y diversamente matizados del Arte y de la Metafísica, interponerse libremente entre los últimos hombres y sus pliegues borrados. Se olvidaba un poco su existencia; no aparecía más que á las horas de los grandes desgarrones. Sin embargo existía siempre inmanentemente dando á la atmósfera y al paisaje un color uniforme y á la vida humana una significación difusa que imponía una suerte de paciencia provisoria á las cuestiones apremiantes. Hoy día este fondo se va rasgando. ¿Qué hay en su lugar que presta al horizonte una forma visible, una significación nueva?

El eje ilusorio alrededor del cual la humanidad creía evolucionar, se ha roto bruscamente y la inmensa balanza donde se pesa al hombre después de haber oscilado algún tiempo en nuestras imaginaciones alarmadas, se ha concretado á responder al eje real que la había sostenido siempre. Sólo han cambiado las palabras inexplicadas con que rotulamos las cosas que no hemos comprendido. Hasta aquí el eje del mundo nos parecía formado de potencias espirituales, hoy estamos absolutamente convencidos de que se compone de energías puramente materiales. No significa esto que en el reino

de la verdad se haya llevado á cabo una revolución. El hecho se reduce á que en la república de nuestra ignorancia se han permutado por una suerte de golpe de estado verbal epítetos, términos, «espíritu» y «materia» que no eran más que atributos intercambiables del mismo desconocido.



Verdad es que en sí mismo estos epítetos no debieran tener más que una importancia literaria, puesto que el uno y el otro son probablemente inexactos y no representan en realidad más de lo que el atributo Atlántico ó Pacífico aplicado al Océano. Erramos en torno de la verdad sin otra guía que hipótesis que alumbran á guisa de antorchas, algunas palabras hermosas pero mágicas, palabras que bien pronto se convierten para nosotros en entidades vivas que se ponen á la cabeza de nuestra actividad intelectual y moral. Si creemos que el espíritu dirige el Universo, todas nuestras indagaciones y todas nuestras esperanzas se concentran

sobre nuestro propio espíritu ó sobre las facultades verbales ó imaginativas de él y por tanto nos adherimos á la Teología ó á la Metafísica. Estamos persuadidos de que la última palabra del enigma se encuentra en la materia y entonces nos dedicamos exclusivamente á interrogarla y no concedemos nuestra confianza más que á las ciencias experimentales. Comenzamos, sin embargo, á reconocer que «materialismo» y «espiritualismo» no son más que los dos nombres opuestos pero idénticos de nuestra angustiosa impotencia por comprenderlo. («El axioma fundamental de mi filosofía especulativa — dice Huxley — es que materialismo y espiritualismo son los polos opuestos del mismo absurdo, absurdo que consiste en imaginar que podemos conocer algo tocando el espíritu ó la materia»). No obstante, cada uno de estos métodos nos arrastra á una moral que parece pertenecer á un planeta diferente.

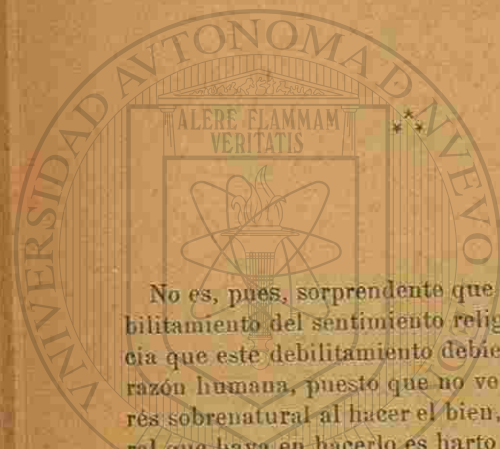
Desdeñemos las consecuencias accesorias. La gran ventaja de la interpretación espiritualista es

que da á nuestra vida una moral, un fin y una significación imaginarias; pero muy superiores á los que les proponen nuestros instintos incultos. El espiritualismo más ó menos incrédulo de hoy, está iluminado todavía por el reflejo de esta ventaja y guarda una fe profunda, bien que algo informe á la supremacía final y al triunfo indeterminado del espíritu.

Por el contrario la otra interpretación no nos ofrece ninguna moral, ningún ideal superior al infinito, ningún fin situado fuera de nosotros, ni más horizonte que el vacío. Si se pudiese sacar una moral de la teoría sintética, hija de los innumerables datos experimentales y fragmentarios que forman la masa imponente; pero muda de las conquistas de la ciencia (hablo de la teoría evolucionista) sería la humillante y monstruosa moral de la naturaleza; es decir: la adaptación de la especie al medio, el triunfo del más fuerte y todos los crímenes necesarios de la lucha por la vida. Esta moral, que parece desde otro punto de vista la esencial de toda vida terrestre, puesto que premia á los hombres ágiles y efímeros de la misma manera que á los peñascos inmortales, esta moral sería terrible para la humanidad. Todas las religiones, todas las filosofías, los consejos de los dioses y de los sabios, no tienen por objeto más que introducir en este medio ardiente que si llegase á ser puro disolvería probablemente nuestra especie, elemen-

tos que atenúen la violencia. De aquí arrancan la fe en los dioses justos é irreductibles, la esperanza de la recompensa y el temor á los castigos eternos, materias neutras y antidotos á los cuales, con una previsión por demás extraña la naturaleza había reservado un lugar en nuestro propio corazón; me refiero á la bondad, á la piedad y al sentido de la justicia.

De suerte que este medio intolerante y exclusivo, que debería ser nuestro medio natural y normal, no ha sido jamás puro, ni lo será probablemente nunca. Cualquiera que sea el estado en que se encuentra hoy día, ofrece un espectáculo extraño y digno de atención. Muévase, borbotea y se precipita como un líquido en el cual el azar ha dejado caer algunas gotas de un reactivo desconocido. Los principios ponderadores que habían añadido las religiones se eliminan y evaporan hacia arriba en tanto que abajo se coagulan en una masa espesa é inactiva. Mas á medida que desaparecen, los antidotos puramente humanos, bien que profundamente oxidados por la eliminación de los elementos religiosos, adquieren más vigor y parecen esforzarse en mantener el título de mezcla donde la especie humana es cultivada por un destino obscuro. Aguardando auxiliares todavía innominados ocupan la plaza abandonada por las fuerzas que se evaporan.



No es, pues, sorprendente que á pesar de el debilitamiento del sentimiento religioso y la influencia que este debilitamiento debiera tener sobre la razón humana, puesto que no ve más que el interés sobrenatural al hacer el bien, y el interés natural que haya en hacerlo es harto discutible ¿no es sorprendente que la suma de justicia y de bondad y la cualidad de la conciencia general lejos de disminuirse se haya incontestablemente elevado? Digo incontestablemente, á pesar de que pueda contestarse. Sería necesario para ello pasar revista á toda la historia, al menos á la de estos últimos siglos; comparar la situación de los desgraciados de antes y la de los desgraciados de hoy; poner al lado del total de las injusticias de ayer, el total de las injusticias actuales; confrontar el estado del siervo, del semisiervo, del campesino y del trabajador de los antiguos regimenes con el de nuestro trabajador; superponer la indiferencia, la

inconsciencia, la tranquila y dura certidumbre de los hombres de otras épocas y la simpatía, la inquietud, las vacilaciones de los de la presente. Todo esto exigiría un estudio detallado y muy largo; pero yo creo que una inteligencia de buena fe convendrá en que hay en el deseo de los hombres de luz por cima de muy reales y muy innumerables miserias un poco más de justicia, de solidaridad, de simpatía y de esperanzas...

¿A qué religión, á qué pensamientos, á qué elementos nuevos puede atribuirse esta mejora ilógica de nuestra atmósfera moral? Es difícil precisarlo; pues aunque ciertamente comienza á notarse de una manera sensible son todavía muy recientes, muy amorfos, muy poco determinados para que se les pueda calificar.

Será conveniente discernir algunos indicios y contrastar en primer lugar que nuestra concepción del Universo se ha modificado y tiende á modificar-

se rápidamente. Los descubrimientos de la ciencia tratase de Historia, de Antropología, de Geografía, de Medicina, de Física, de Química, etc., alteran nuestra atmósfera acostumbrada y añaden algo de esencial á una imagen aun indistinta, pero que ocupa todo el horizonte y que nosotros presentimos enorme. Los trazos son dispersos como las iluminaciones que se ven en las fiestas nocturnas. Un frontón, una columnata, una cúpula, un pórtico incoherentes aparecen bruscamente en el cielo. No se sabe lo que significan; flotan absurdamente en el éter inmóvil; son sueños inconsistentes en el firmamento encalmado. Mas de pronto una línea de luz serpentea en el azul y el ojo liga la cúpula con las columnas, el pórtico con el frontón y el edificio inexistente se afirma y se explica en la noche.

Esta línea de luz, esta ondulación decisiva, este trazo de fuego general y complementario es el que falta aún en la noche de nuestra inteligencia. Tiene uno la evidencia de que existe dibujada en la sombra, sombra que una nada, una chispa salida de cualquier ciencia bastará á alumbrar y á dar un sentido infalible y preciso á nuestros presentimientos inmensos y á todas las nociones dispersas que bogan hoy por lo desconocido.

★
★

Entre tanto esta nada que después de la partida de las ideas religiosas parecía irremediamente vacía se puebla poco á poco de figuras vagas pero enormes. Cada vez que se alza una de estas formas nuevas la extensión sin límites en que vienen á moverse aumenta en proporción sin límites también, pues los límites de lo ilimitado se ensanchan cada vez más. Ciertamente los dioses que concibieron algunas religiones positivas fueron á veces muy grandes. El Dios judío y cristiano, por ejemplo, tenía por primeros atributos la eternidad y la infinidad; pero el Infinito es una noción abstracta que constituye una extensión sin forma del cual nos damos cuenta gracias á fenómenos que surgen en puntos alejados de nuestra imaginación. Pero los dioses más inconmensurables no ponían nunca cuestiones que á cada paso nos está poniendo esto que sus adoradores llaman todavía la Nada y que en realidad no es más que la Naturaleza. Se conten-

taban aquellos dioses con reinar en un espacio muerto sin acontecimientos y sin imágenes y por consiguiente sin puntos de partida para nuestras imaginaciones teniendo sobre nuestros sentimientos una influencia inmóvil. De este modo nuestro sentido de lo infinito, que es la fuente de toda actividad superior se atrofiaba. Nuestra inteligencia, para vivir en los confines de sí mismo, donde cumple su misión más alta; nuestro pensamiento para ocupar todo el espacio de nuestro cerebro, necesitan estar continuamente solicitados por nuevos llamamientos de lo desconocido. Desde el momento en que no es imperiosa y cotidianamente convocada, la inteligencia, á la extremidad de sus propias fuerzas por algún hecho nuevo, y no hay hechos nuevos en el reino de los dioses, se adormila, se contrae y desaparece. Una sola cosa es capaz de dilatar igualmente en todas sus partes los lóbulos del cerebro; es la idea activa que nos hacemos del enigma en el cual se mueve el Universo. Jamás, ni en el tiempo en que floreció la Teología india, judía ó cristiana, ni en los días en que la Metafísica griega ó alemana utilizaba todos los esfuerzos del genio humano fué nuestra representación del Universo tan animada y fecunda, ni tan cargada de misterios como lo es hoy. Hasta aquí se la nutría de alimentos, por decirlo así, indirectos ó acaso se sintiese ilusoriamente de sí mismo inflándose con su propio soplo y regándose con sus propias aguas. Hoy, es

el Universo quien comienza á penetrar en la representación que de él nos hacemos. El régimen de nuestro pensamiento ha cambiado. Hasta aquí habíamos dialogado con nuestra lógica confusa á propósito del enigma. Al presente salimos de nuestra morada interior para entrar en relación con el enigma mismo. Le ponemos cuestiones y para respondernos ella descubre una perspectiva luminosa y sin límites en el inmenso círculo de tinieblas en que nos agitamos. Somos como ciegos que se imaginaran el mundo exterior desde el fondo de una habitación cerrada y á quienes un genio siempre silencioso conduce al valle y á la llanura, á la montaña y á las riberas del mar.

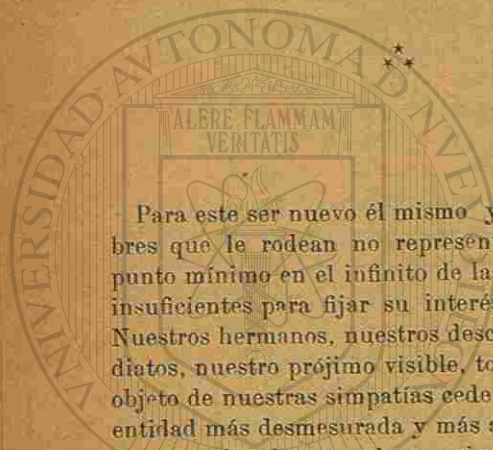
Si nuestra dicha como decimos más arriba depende de nuestra concepción del universo es porque nuestra moral depende también. Y ello depende menos de la naturaleza que de la grandeza de esta concepción. Seríamos mejores, más nobles, más

morales en el seno de un universo probado sin moral pero concebido infinitamente, que en medio de un universo que atendiese la perfección del ideal humano pero que nos pareciese circunscrito y sin misterio. Importa ante todo hacer tan vasto como sea posible el lugar donde se desenvuelven todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos: y este lugar no es otro que aquel en que nos representamos el universo. No podemos movernos más que en la idea que nos hacemos del mundo. Todo parte de allí y todos nuestros sentimientos son modificados por la altura y extensión de este inmenso depósito de fuerzas que se encuentra en la cumbre de nuestra conciencia.



Jamás este depósito fué más vasto ni estuvo situado más alto. Ciertamente la idea que nos hacemos de la organización y del gobierno de las potencias infinitas es menos precisa que en otro tiempo; más es por la noble razón de que no admite límites

quiméricamente netos. No contiene moral alguna fija, ningún consuelo, ninguna promesa, ninguna esperanza cierta. No tiene voz, no tiene imágenes más que para proclamar é ilustrar su inmensidad. Fuera de esto ella no nos dice nada; pero esta inmensidad que es su único atributo imperioso é irrecusable la exalta en energía, en nobleza, en elocuencia sobre todos los demás atributos, sobre todas las demás virtudes y perfecciones con que hasta ahora habíamos poblado nuestro desconocido. No nos impone ningún deber permitiéndonos cumplir con todos los que nos esperan en el umbral de un porvenir próximo. Concediéndonos nuestro verdadero puesto en el sistema de los mundos añade á nuestra vida espiritual y general todo lo que acrecienta nuestra importancia material é individual. Nos hace comprender mejor nuestra pequeñez y un ser nuevo más desinteresado y probablemente el que debe afirmar un día la verdad última substituye poco á poco al ser original que se disuelve en la concepción que le oprime.



Para este ser nuevo él mismo y todos los hombres que le rodean no representan más que un punto mínimo en el infinito de las fuerzas eternas, insuficientes para fijar su interés y su atención. Nuestros hermanos, nuestros descendientes inmediatos, nuestro prójimo visible, todo esto que era objeto de nuestras simpatías cede el puesto á una entidad más desmesurada y más alta. Nosotros no somos casi nada; pero la especie á que pertenecemos ocupa un lugar que se puede reconocer en el Océano sin límites de la vida. Este sentimiento que comienza á hacerse claro en la atmósfera habitual de nuestros pensamientos y de nuestro inconsciente trabajo y de nuestra moral prepara sin duda cambios como los que operaron las religiones más subversivas. Substituirá á un ideal ficticio é individual, un ideal ilimitado y sin embargo tangible cuyas consecuencias y leyes no es posible prever. Pero cualquiera que ellas sean serán, podemos afirmar más generales y más decisivas que las que

les precedieron en la historia superior, y por decirlo así astral de la humanidad. Incontestablemente el objeto de este ideal es más vasto, más durable, y sobre todo más cierto que el de los que hasta ahora habían iluminado nuestras tinieblas, puesto que en más de un punto se confunde con el objeto mismo del Universo.

Estamos en el momento en que en torno á nosotros nacen mil razones nuevas y en que es preciso confiar en los destinos de nuestra especie. Desde centenares de siglos ocupamos esta tierra; los mayores peligros parecen haber pasado. Fueron amenazadores, y hemos escapado á ellos por un azar que no deberá reproducirse más de una vez en la historia de los mundos. La tierra en sus primeros tiempos caminaba al azar por el espacio errante entre los astros ávidos y hostiles que ignoraban sus leyes; el fuego interior, primer padre del planeta reventaba á cada instante en su prisión

de granito, antes de formar los continentes, las islas y los mares. Nuestras facultades indecisas flotaban ciegamente en nuestros cuerpos como las nebulosas en el éter. Una nada en las horas vacilantes en que se constituía nuestro cerebro ó se ramificaban nuestros nervios podía destruir el porvenir humano.

Hoy día la inestabilidad de los mares y la protesta del fuego interior son infinitamente menos peligrosas y es verosímil que no producirán más catástrofes universales. En cuanto al tercer peligro, el encuentro con un astro fuera de la órbita no parece muy próximo. Viendo lo que hemos hecho y lo que ulteriormente debemos hacer, no es absurdo esperar un día en el cual habremos ya penetrado el secreto esencial de los mundos, que provisoriamente para adormecer nuestra ignorancia como se adormece un niño repitiéndole palabras insignificantes y monótonas hemos llamado hasta aquí la ley de la gravitación. No es insensato suponer que el secreto de esta fuerza soberana, que se oculta en torno nuestro, está al alcance de la mano. Puede que sea manejable y dócil como la luz y la electricidad, acaso sea una fuerza espiritual que depende de una causa muy sencilla, y que la mutación de un objeto puede revelarnos. El descubrimiento de una propiedad inesperada de la materia, análoga á la que viene á descubrir las virtudes desconcertantes del radium puede directamente conducirnos á

las fuentes mismas de la energía y de la vida de los astros. Desde ese instante la suerte del hombre habrá cambiado y la tierra definitivamente salvada será eterna. Se aproximará ó se alejará de las fuentes de luz y de calor á nuestro antojo, huirá de los soles envejecidos y buscará fluidos, fuerzas y vidas no supuestas en la órbita de los mundos vírgenes é inexpugnables.

Pienso que todo esto está lleno de esperanzas discutibles, y que casi razonablemente puede desesperarse del destino del hombre. Pero cada hora que pasa aumenta nuestras probabilidades de durar y de vencer. Puede decirse que desde el punto de vista de la belleza, de la alegría y de la inteligencia armoniosa de la vida, algunos pueblos, los griegos y los romanos del comienzo del imperio, por ejemplo, nos fueron superiores. Una civilización extraordinaria como la de Atenas, la de Roma ó la de Alejandría forma un islote luminoso que

acaba por engullirse el Océano salvaje que le rodea. Al presente, aparte del peligro amarillo, que no parece serio, no es posible que una invasión bárbara nos haga perder en algunos días nuestras adquisiciones esenciales. Los bárbaros no podrían venir de fuera; saldrían de nuestras campiñas, de nuestras ciudades, de los bajos fondos de nuestra propia vida impregnados de la civilización que ellos pretendían destruir. No habría nada peor que un momento de detención seguido de una desvinculación de riquezas espirituales.

Puesto que no depende de nosotros el fondo de luz ó de sombra de nuestra existencia es imprudente dudar. En las más insignificantes circunstancias nuestra ignorancia no nos ofrece frecuentemente más que una elección que se impone desde luego. El optimismo así entendido no tiene nada de pueril.

Por otra parte no es necesaria esta elección;

basta con que nosotros tengamos conciencia de la magnitud de nuestra esperanza. No estamos en el magnífico estado en que Miguel Angel juntó prodigiosamente á los Profetas y á los Justos del Antiguo Testamento; vivimos en la esperanza, y acaso en los últimos momentos de la esperanza. La esperanza, en efecto, tiene grados que van desde una suerte de resignación vaga, que apenas si espera, al estremecimiento que suscitan los movimientos próximos del objeto en que hemos puesto la vista. Parece que oímos estos movimientos en el ruido de pasos sobrehumanos, en la puerta enorme que se abre, en el soplo que nos acaricia ó en la luz que viene no se sabe de dónde; la esperanza en este momento es un instante de vida ardiente y maravillosa el más noble período de la dicha, su juventud, su infancia...

Lo repito, jamás tuvimos tantos motivos para esperar. Sostenidos por motivos más débiles, nuestros predecesores han hecho grandes cosas, los mejores testimonios de los destinos humanos. Tuvieron

confianza aun para lo que había razones sin razonar. Hoy que algunas de estas razones salen verdaderamente de la razón, sería lamentable mostrar menos valor que el mostrado por ellos.

Ya no creemos que el mundo sea la pupila de un dios único y atento á nuestros más mínimos pensamientos; sabemos que obedece á fuerzas todopoderosas y á leyes y á deberes que nos conviene penetrar. Cuando nuestra actitud cambió frente al misterio las fuerzas cambiaron también. La audacia ha substituído al miedo. Nada de arrodillarse como el esclavo ante su señor. Mirad al Creador como á un igual ya que lo lleváis en el fondo del espíritu como al equivalente de los más profundos y formidables misterios.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GRAND ALPHABETAIRE DE LA SCIENCE
ET DE L'ART
D'APRES LE Dictionnaire
GÉNÉRAL DES ARTS ET DES MÉTIERS
DE L'Encyclopédie

